

Fabio Martínez

El escritor y la bailarina



Universidad
del Valle

Programa ditorial

Lo primero que es necesario reconfirmar, al acabar de leer este libro de relatos, es que Fabio Martínez es un escritor, un animal moribundo –para parafrasear a ese otro animal moribundo, Philip Roth–; es decir, es un hombre que imagina, recuerda y de ello hace ficciones.

La imaginación de Martínez, de forma evidente, tiene que ver con su tiempo, el tiempo de su formación sentimental e intelectual de la Cali de los años setenta, primordialmente, y la de los ochenta en su viaje de aprendizaje a Europa. De ambas experiencias y, por supuesto, de sus lecturas preferidas y de su mirada a este presente descuadrado, atípico y antiutópico, nacen los cuentos que conforman este libro. La mirada del autor sobre el mundo que recrea está tamizada por una sabiduría: la del humor. Es difícil hallar un relato en donde no brille la picardía, el guiño al lector, la broma abierta o la sátira con nombres propios. El humor le otorga entonces a estos relatos, un tono, una distancia crítica e inteligente, una actitud anti-solemne.

Guido Tamayo



Programa  ditorial

El escritor y la bailarina



Colección El Solar
Escuela de Estudios Literarios

Fabio Martínez

Licenciado en Literatura de la Universidad Santiago de Cali, Maestría en Estudios Iberoamericanos en la Universidad de la Sorbonne, Paris III y Doctorado en Semiología en la Universidad de Quebec, Montreal. Es profesor en la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle.

Ha colaborado en periódicos y revistas internacionales y nacionales como *Diario 16* de España, *Afro-hispanic Review* de USA, *La Casa Grande* de México, *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, *Magazín Dominical* de *El Espectador*, *Gaceta* de *El País* y *Boletín Bibliográfico y Cultural* del Banco de la República de Colombia. Es columnista editorial del periódico *El Tiempo*.

Ha publicado las novelas *Un habitante del séptimo cielo*, *Pablo Baal y los hombres invisibles*, *Club Social Monterrey*, *El desmemoriado*, *El tumbao de Beethoven*, *El fantasma de Ingrid Balanta*, y la novela histórica *Balboa el Polizón del Pacífico*; los libros de cuentos *Fantasio*, *Breve tratado del amor inconcluso*, *El escritor y la bailarina*; el ensayo "El viajero y la memoria"; la biografía de Jorge Isaacs *La búsqueda del Paraíso*, y el libro de ensayo y crítica literaria *Los viajes de la música: Música y literatura afroamericana*. Ha compilado y editado *Cuentos sin cuenta - Antología de cuentistas colombianos de la generación del 50*, *Cali-grafías - La ciudad literaria*, *Carlos Arturo Truque - valoración crítica y Guerra y Literatura en la obra de Jorge Eliecer Pardo*.

Mención especial en la Beca de Novela Ernesto Sábato (1987) Primer Premio de Ensayo Latinoamericano René Uribe Ferrer (1999) y el Primer Premio Jorge Isaacs (1999).

El escritor y la bailarina

Fabio Martínez



Colección El Solar
Escuela de Estudios Literarios

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: *El escritor y la bailarina*

Autor: Fabio Martínez

ISBN: 978-958-670-971-2

ISBN PDF: XXXXXXXXXXXX

ISBN EPUB:

DOI:

Colección: El Solar - Escuela de Estudios Literarios

Primera Edición Impresa Febrero 2012

Edición Digital Septiembre 2017

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Javier Medina Vásquez

Director del Programa Editorial: Francisco Ramírez Potes

© Universidad del Valle

© Fabio Martínez

Diseño, diagramación: Unidad de Artes Gráficas

Ilustración de carátula: Ever Astudillo

Diseño fotográfico: Over Espinal

Universidad del Valle

Ciudad Universitaria, Meléndez

A.A. 025360

Cali, Colombia

Teléfonos: (57) (2) 321 2227 - 339 2470

E-mail: programa.editorial@correounivalle.edu.co

Este libro, salvo las excepciones previstas por la Ley, no puede ser reproducido por ningún medio sin previa autorización escrita por la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros.

El autor es responsable del respeto a los derechos de autor del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia - Septiembre de 2017

Contenido

Prólogo	9
El Espectador	13
Busco apartamento con bar incluido	17
Un gato ha entrado en mi sueño	21
Los ensayistas del Parque del Perro	23
Strobe Light	29
La mujer y los lobos	31
Ataúdes de terciopelo azul	33
El rey de los bares cutre	43
La noctámbula	47
Hasta el fin de la guerra	55
La novia de Nosferatu	65
Rumbo al Tambo	71
La joven	77
El escritor y la bailarina	81

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Prólogo

Lo primero que es necesario reconfirmar, al acabar de leer este libro de relatos, es que Fabio Martínez es un escritor, un animal moribundo —para parafrasear a ese otro animal moribundo, Philip Roth—; es decir, un hombre que imagina, recuerda y de ello hace ficciones.

La imaginación de Martínez, de forma evidente, tiene que ver con su tiempo, el tiempo de su formación sentimental e intelectual en la Cali de los años setenta, primordialmente, y las de los ochenta en su viaje de aprendizaje a Europa. De ambas experiencias y, por supuesto, de sus lecturas preferidas y de su mirada a este presente descuadrado, atípico y antiutópico, nacen los cuentos que conforman este libro. La mirada del autor sobre el mundo que recrea está tamizada por una sabiduría: la del humor. Es difícil hallar un relato en donde no brille la picardía, el guiño al lector, la broma abierta o la sátira con nombres propios. El humor le otorga, entonces, a estos relatos un tono, una distancia crítica e inteligente, una actitud antisolemne.

El pasado aparece como una aventura iniciática: las calles, los bares, la música, la sensualidad de una Cali aún no mancillada por los caballeros del narcotráfico y por lo tanto, hermosa, espontánea, casi idílica, si no fuera porque Fabio Martínez, no cree en el paraíso terrenal. Años después —parafraseando esta vez a “Gabo”—, ese mismo paisaje será más infernal. Y ahora, en este presente soso, los amigos de anta-

ño se reúnen para intentar recobrar lo imposible: la felicidad de los viejos tiempos, pero terminarán en un burdel de la ciudad reiterando un rito ya un tanto aburrido, casi desestimulante como sucede en el cuento titulado “Hasta el fin de la guerra”. Un relato sobre el doloroso ejercicio de la nostalgia.

Uno de los dardos más atinados en estos cuentos, de los varios lanzados en el libro, va dirigido hacia las relaciones de pareja: el matrimonio es un escenario secundario, renunciable, no equiparable al del bar, más libre y sugestivo, como leemos en “Busco apartamento con bar incluido”. En los relatos “Los ensayistas del parque del perro”, “La noctámbula”, “La novia de Nosferatu” y “la joven”, la pedantería intelectualoide, la libertad sexual, la intromisión maniaca de los celos, hasta la inocencia, son tropiezos poderosos para realizar la tan esperada estabilidad sentimental que, como un espejismo, buscan las parejas.

Este conjunto de cuentos está atravesado por una insatisfacción, como decía, permeada por el humor y por otro elemento central: la imaginación que corre a instalarse en los territorios de la fantasía, la ciencia ficción y cierto decorado gótico. “Un gato ha entrado a mi sueño”, “Strobe light”, “Ataúdes de terciopelo azul” y “La mujer y los lobos” se desarrollan en un clima fantástico que habla con precisión sobre las estrechas limitaciones de la realidad. La soledad, la violencia, la inefable búsqueda del amor, el paso del tiempo.

Comentario final merece la figura del escritor y sus controversias con el mundo. Fabio Martínez conoce muy bien la patética vanidad de los hombres de

letras, su narcisismo compulsivo, su mendicidad a la hora de acumular aplausos, reconocimientos, elogios del mundo. Pero también el autor sabe de la otra cara: la soledad de ese individuo frente a sus textos, sus dudas, su universo cerrado y casi que autista. La marginación de su oficio, el desinterés de la sociedad por su trabajo, su desconexión vital con el entorno, en fin, las dos caras de esos animales moribundos que imaginan e inventan otros mundos. Ser escritor es quizá tener que enfrentarse a esos dos extremos: el de la soledad y el de la búsqueda, en general dramática, del reconocimiento.

El relato que le da título a este libro, “El escritor y la bailarina”, plantea este dilema, pero no se enreda en falsas trascendencias sino que se ríe, se burla de ese afán tan humano y mezquino de ser reverenciado como autor. El contrapunto honorable de este planteamiento será el del cuento “La joven”, en la que un discreto (redundancia) corrector de estilo establece una relación amorosa con una joven lectora. No sé si sea este el destino que nos deparará el tiempo, pero será bienvenido.

Guido Tamayo

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

El Espectador

*A don Guillermo Cano
In Memoriam*

Nos conocimos en el Magazín Dominical de *El Espectador*. Exactamente en las páginas finales donde el director acostumbraba a publicar a los jóvenes escritores que comenzaban a descollar en el cerrado mundillo de las letras hispanoamericanas. Las primeras páginas, como era costumbre, estaban dedicadas a los escritores consagrados y a alguno que otro lagarto literario que era amigo del director o de los dueños del periódico. La portada, por supuesto, era exclusividad de un pavo real que en ese momento estaba de paso por Bogotá y había acabado de ganar el Premio “Cervantes”.

El placer más grato que teníamos los lectores era abrir cada domingo las páginas del suplemento y sentir el olor a tinta fresca que brotaban de sus hojas; el fuerte olor a tinta tipográfica que se confundía con la textura suave y delicada del papel.

Si por una decisión terca del director descubríamos, de pronto, un artículo nuestro, así fuera publicado en las últimas páginas, el placer era tan grande, que nos pasábamos todo el domingo en pijama leyendo el Magazín.

Fue justamente en aquellos años que lo conocí. Al principio, como un lector que se acerca desprevenidamente a un texto, comencé a leerlo sin hacerme demasiadas ilusiones. Debo decir que en ese momen-

to de la lectura, el hombre era todavía un ser anónimo que carecía de cuerpo y si se quiere, de espíritu. Pero a medida que fui penetrando entre sus líneas, el hombre fue cobrando una dimensión inusitada, tenía un cuerpo, poseía una voz y una presencia arrasadora innegable, que cada domingo me obligaba a buscarlo afanosamente en las últimas páginas de la revista dominical.

Como el joven escritor no hacía parte del santo oficio de las letras hispanoamericanas, debo confesar que en más de una ocasión lo colgaron en el periódico, dejándolo en el silencio más absurdo. Debo advertir que cuando hablo de hombre es sólo una veleidad machista de mi parte, pues a pesar de que sus textos venían firmados con un nombre masculino, en sus escritos, que eran rigurosos en su forma y precisos en su contenido, no era fácil identificar el sexo del autor. Con él se producía algo parecido al caso de George Sand, la escritora francesa que firmaba con un apelativo masculino para ser publicada y así burlarse de la censura de la época. La escritora de marras se llamaba en realidad Aurore Dupin, la baronesa Dudevant, autora de *El pantano del diablo*.

Cuando te acercabas a los pliegues del texto, no importaba quién estaba detrás de esas formas y de esas líneas. No tenía sentido preguntarse si allí se refugiaba un hombre, una mujer o un ambidextro. Lo cierto es que apenas el voceador de periódicos llegaba a la puerta de tu casa con *El Espectador* y te lo entregaba a cambio de unas monedas, tú, enseguida, buscabas con ansiedad las últimas páginas del Magazín. Así fue surgiendo una amistad cómplice y profunda entre tú

y él; o entre tú y ella (para que le hagamos justicia a las mujeres). Fue creándose una hermandad incondicional con ese hombre o esa mujer invisibles que cada cierto tiempo, cuando al director le daba la gana publicarlo, aparecía en cuerpo y alma, así fuera en las páginas rezagadas del suplemento.

En alguna ocasión, con el ánimo voyerista de querer saber más sobre él o sobre ella, escribí una carta a la sección del lector, sugiriéndole que metieran sus excelentes artículos en las primeras páginas, a lo que me contestó que no era necesario porque él, algún día, iba a desaparecer. Hasta que una mañana los bárbaros le pusieron una bomba a *El Espectador* dejando en ruinas el viejo edificio de la avenida 68. Cuando vi las primeras imágenes por la televisión, lo primero que pensé fue en mi viejo amigo que había conocido en el *Magazín*. En el camarada cómplice que cada domingo —cuando no lo colgaba el director—, me mostraba los pliegues de sus formas alimentándose mi espíritu. Mi gran amigo o amiga que conversaba conmigo los domingos en casa, al calor de un café. Lo busqué entre las imágenes siniestras que pasaban sin cesar por la televisión, y en medio de los escombros, felizmente, no lo hallé. El carro bomba con 135 kilos de dinamita fue un golpe bajo al país y a la libertad de expresión.

Pasaron varios años y no volví a tener noticias de mi amigo. Hasta anoche, que aburrido de estar sentado frente a la pantalla de la televisión abrí la otra pantalla, la de mi laptop, y me encontré de nuevo con aquella sonrisa fresca y burlona que había perdido hacía algún tiempo. Allí estaba mi amigo invitándome

me al placer sublime de la lectura, al delicioso juego intelectual que produce la memoria. Era extraño y, hasta cierto punto, demencial: el hombre o la mujer que había conocido en el Magazín Dominical de *El Espectador* hacía algunos años, ahora estaba allí, pero no era real, ya no olía a tinta fresca ni tenía la suave y delicada textura del papel.

Busco apartamento con bar incluido

Los bares son nuestros barcos balleneros.

Armando Orozco

No era Madrid donde en cada calle hay más bares por metro cuadrado que en cualquier otro lugar del mundo. Era Santiago de Cali. El hombrecito estaba recién casado y tenía como misión conseguir el primer apartamento para él, su mujer y su perro Balti. Pero tenía un problema: desde adolescente le gustaba la bebida; y por más que sus padres le habían aconsejado para que abandonara esta adicción, el hombrecito, como si viviera todo el tiempo en un círculo vicioso, volvía a ella, como el asesino que se siente culpable y regresa al lugar del crimen.

La mujer, quien lo conoció en una fiesta, nunca imaginó que el hombre de su vida fuera un borracho consuetudinario, pues cuando se conocieron y comenzaron a salir, el hombrecito, quien era alegre y parrandero, era un bebedor social, que nunca se pasaba de tragos y cuando comenzaba a sentir que la cabeza le daba vueltas, tomaba un taxi y dejaba a la novia en su casa. Pero él, en vez de regresar a la suya, ordenaba al conductor que lo condujera a los burdeles de la ciudad. Los maravillosos burdeles ubicados en los extramuros de la ciudad donde las noches se juntan con los días y el tiempo que siempre hace es el solsticio de verano. El taxi lo dejaba en el burdel y el hombrecito terminaba ebrio en una mesa acompañado de una o dos excelsas mujeres.

Cuando la mujer lo conoció, el hombrecito era un estudiante de Economía que sabía hacer un análisis macroeconómico y prever las consecuencias de una crisis financiera. Pero su economía personal, hay que decirlo, era un caos total, lleno de tarjetas de crédito en rojo y de chepitos que lo asediaban en la esquina de su casa y a la salida de las clases. Los pocos amigos que lo conocían decían de él que lo que en realidad estudiaba era economía del placer.

El día de la boda alquiló un frac negro, corbatín del mismo color y camisa de pechera almidonada. Ella se compró un vestido blanco de satén, collar de perlas de Mallorca y unos zapatos blancos de tacón alto. Se casaron en la Notaría Tercera de la ciudad. En la noche, ofrecieron a sus familiares y amigos una fiesta en el Club Chipichape. Al amanecer tomaron un vuelo de avión que los llevó a Cartagena de Indias, donde pasaron la luna de miel.

Hay que decir que durante la fiesta de bodas al hombrecito no se lo vio ebrio o dando muestras de ser un dipsómano empedernido. Todo lo contrario. El joven recién casado y diplomado de la universidad se vio alegre, pero sobrio; efusivo, pero moderado. Lo mismo sucedió en el hotel en Cartagena donde fueron a pasar la luna de miel. Pese a que era permitido consumir toda suerte de bebidas alcoholizadas, supo comportarse como un hombre decente y moderado.

Los problemas comenzaron a surgir a la semana siguiente, cuando la pareja regresó a la ciudad y se dispusieron a buscar un apartamento para alquilar. El hombrecito, que ahora trabajaba en una compañía financiera, era el encargado de la búsqueda, mientras

su mujer esperaba ansiosa en un cuartico que los padres de él les habían prestado provisionalmente. El joven profesional llegaba temprano a la oficina, abría el periódico *El País* y consultaba los avisos clasificados. Señalaba con el lápiz las diferentes opciones, y en la tarde, cuando salía de su trabajo, los iba a visitar.

El primer día visitó un excelente apartamento que estaba ubicado frente a un parque, con balcón, agua caliente, cocina integral, tres bellas y espaciosas habitaciones y tenía un precio razonable. El hombrecito lo revisó; después de pensar, preguntó a la casera:

—¿A cuántos metros está el bar más cercano?

La casera, sorprendida, contestó:

—El barrio es residencial. Aquí están prohibidos los bares.

Desistió de la oferta y se despidió.

A la semana siguiente visitó un segundo apartamento que tenía las mismas características del primero, pero con la diferencia que no tenía balcón y las alcobas eran más pequeñas. Para no recibir una respuesta gélida por parte de la casera, él mismo bajó por las escaleras aduciendo que antes de firmar algún contrato, iba a mirar el entorno del edificio. A la casera le dijo que era muy importante ver los alrededores pues estos eran los que garantizaban un ambiente sano y seguro para vivir. Salió, recorrió la manzana del edificio y apenas se percató de que no había un bar cercano al inmueble, se desilusionó y decidió descartarlo. Mientras tanto, la mujer se aburría de vivir en un cuartico prestado y compartir con sus suegros.

—Mira, amor, si tú te casaste conmigo para vivir en esta ratonera, estás muy equivocado. Te doy una semana para que encuentres un apartamento. Si no, me voy a casa de mis padres.

Preocupado, salió esa misma tarde; después de mirar varios apartamentos, encontró uno que estaba ubicado en una calle oscura que no tenía un sólo árbol; no tenía balcón; las habitaciones tenían goteiras; las puertas estaban carcomidas por el comején, y los grifos del baño goteaban día y noche. Pero tenía lo que él siempre había deseado: un bar. El hombrecito firmó inmediatamente el contrato, pagó los dos primeros meses y bajando al bar, se tomó la primera cerveza de la tarde. Estaba feliz. Pidió un disco de Héctor Lavoe y decidió que cuando llegara a la casa de sus padres, le contaría a su mujer y la traería para que conociera su primer nido de amor.

Un gato ha entrado en mi sueño

Fue algo maravilloso. Anoche, mientras dormía, entró un gato en mi sueño. Mi mujer estaba a mi lado y dormía. El gato era grande, negro y de ojos verdes. En ese instante yo soñaba que iba por un camino polvoriento intentando seguir a una mujer llamada Utopía, pero cada vez que avanzaba, la mujer se alejaba más de mí. El gato dio un salto y se instaló en mi memoria. Venía agitado, como si hubiera recorrido cientos de kilómetros atravesando ríos, valles y montañas. Apenas se sentó en la zona del lóbulo occipital, me di cuenta que venía huyendo de un peligro inminente y lo único que pudo hacer fue refugiarse en mi mente. Era un gato hermoso de un pelaje negro brillante y unos ojos verdes que te miraban fijamente a tus ojos, como diciéndote: “Señor, vengo huyendo de la muerte. ¿Será que usted puede darme refugio?”.

Lo contemplé de nuevo y vi que había sido maltratado por algún humano; en su loca carrera por salvar su vida, su cuerpo había sido lacerado por las hojas verdes de la selva. Como tenía hambre y sed, le serví un poco de arroz con carne y agua. Cuando terminó de comer, me miró a los ojos; en señal de agradecimiento, comenzó a jugar al escondite. El felino, ágil y malicioso, se escondía entre mis dendritas y gozaba deslizándose en ellas, como si fueran un tobogán. Sus pilatunas me causaban risa y al mismo tiempo temor; pensaba que con su peso se iba a malograr alguna célula nerviosa o se iba a romper una dendrita, dejándome maltrechas las posibilidades de hacer sinapsis

entre mis neuronas. Aquel rico y múltiple juego que tiene el cerebro y que nos permite estar vivos y ser creativos. “Juega, le ordené, juega, pero sin tanta brusquedad”. Cuando el felino detuvo el juego, sintió el miedo que yo había sentido y, como consuelo, pasó su cola con delicadeza por la superficie de mis células nerviosas, y sonrió. El gato con que sueño volvió a mirarme fijamente a los ojos y me dijo: “Señor, usted sintió miedo sólo porque yo lo invité a columpiarme en sus dendritas; pero no se imagina el miedo que yo he padecido durante siglos con sus congéneres, con la raza humana. Esa es la razón de mi fuga, esa es la causa de mi desplazamiento”.

Como lo vi relajado, quise saber de sus orígenes, cómo se llamaba, de dónde venía, cuál era su hábitat y por qué razón venía huyendo. Recostado en mi masa encefálica, como todo un pachá, el gato continuó: “Me llamo Bubastis y soy tan antiguo como el hombre. Lo que sucede es que ustedes me han perseguido durante siglos; me han quemado vivo; me han envenenado; me han dejado en casas y apartamentos sin comida; me han abandonado en las carreteras; me han tirado de los edificios, de los aviones y los barcos. Y esto porque ustedes creen que nosotros somos el diablo, sin saber que el demonio está en cada uno de ustedes. Como ya no me quedaba ningún refugio sobre el planeta, decidí refugiarme en su memoria”. Al amanecer, cuando desperté, oí el ronroneo del gato que venía de mi mente; era un sonido grave y antiguo como la voz de un saxofón. Y me sentí feliz. Mi mujer, que estaba a mi lado, sólo se atrevió a comentar: “Cariño, no sé, pero hoy te siento más extraño que nunca”.

Los ensayistas del Parque del Perro

Un viernes en la tarde, cuando los últimos arreboles rojos y naranjas se escondían entre Los Farallones de Cali, dos amigos estaban sentados en el Parque del Perro conversando alrededor del ensayo, aquel modo literario, que según el escritor mexicano don Alfonso Reyes, es el centauro de los géneros. Sin dejar de empujar una media botella de Sir Edwards, el güisqui más barato del mundo, Carlos, quien era un agudo lector, le preguntó a su amigo Alex:

—¿Por qué crees que el maestro Reyes relacionó el ensayo con el centauro?

—El centauro es un animal mitológico que es mitad hombre y mitad caballo —anotó Alex—. Pienso que Reyes analogó el género con este monstruo fabuloso para destacar la doble naturaleza del ensayo, que debe oscilar entre la ciencia y el arte.

—El centauro, como tú sabes —anotó Carlos sin desprenderse de la botella— es un sátiro que tiene orejas puntiagudas, cuernos y rabo de macho cabrío y se la pasaba persiguiendo a las ninfas que andaban sueltas en el bosque.

—Según la mitología griega —dijo Alex— el sátiro es hijo de Baco y la náyade Nicea y sólo busca el placer sexual.

—De verdad, Alex, no entiendo por qué al maestro, a propósito del ensayo, se le vino a la cabeza aquella imagen voluptuosa y concupiscente.

—El maestro pensó en la naturaleza bifronte que tienen estos animales mitológicos para así destacar

la parte científica y estética que debe comportar todo ensayo —Alex pidió la botella y se pegó a esta—. No creo que le interesara indagar más allá de lo que se proponían hacer los sátiros con las ninfas y las pastoras en los bosques cálidos de Grecia.

—Alex, si el ensayo es el centauro mitad hombre y mitad caballo, en el modo literario del que estamos hablando, ¿cuál es la mitad hombre y cuál es la mitad caballo en el ensayo?

—Cuando el maestro pensó la metáfora doble y libidinosa sabía que el hombre representa la razón, el conocimiento, es decir, la parte científica del ensayo. El caballo simboliza la forma de la escritura; vale decir, el lenguaje estético del ensayo.

La noche cayó sobre el parque. Carlos y Alex se quedaron un rato en silencio mirando hacia las ceibas, los samanes y los chiminangos, que se agitaban con fuerza por el viento. De pronto, detrás de una ceiba aparecieron un par de ninfas. Ambas vestían blusas vaporosas, de algodón, minifaldas del mismo género y sandalias de cuero. Carlos las vio y, excitado, comentó:

—Ahora ya sé por qué el maestro Reyes se atrevió a relacionar el ensayo con el monstruo mitológico.

—¿Por qué? —Preguntó Alex, que ante la escena de la ceiba había quedado estupefacto.

—El ensayo, además de ser mitad hombre y mitad caballo, debe contar con el lector —Aclaró Carlos y continuó—, que ante el género más exquisito de la literatura, como es el ensayo, debe tener en cuenta el rol que juega la ninfa seducida.

En ese momento, el par de jóvenes, que estaban escondidas entre la ceiba, salieron y dando unos brinquitos, se presentaron ante los jóvenes:

—Hola —dijo la primera—. Mi nombre es Angélica.

—Hola, el mío es Karen —dijo la segunda.

Eran bellas y frescas y cada una llevaba una faltriquera terciada en su hombro.

Carlos y Alex se miraron sorprendidos y estiraron sus brazos:

—Mi nombre es Carlos

—El mío es Alex.

—¿Nos podemos sentar con ustedes? —preguntaron las dos jóvenes en coro.

—¡Claro! —respondieron el par de amigos.

—¿Qué están bebiendo? —preguntó Angélica, quien era la más entradora.

—Esto —Carlos mostró la etiqueta ordinaria de la botella.

—Parceros, ustedes ¿qué están bebiendo? ¡Esto es puro chirrinchi! ¡Ustedes se están envenenando!

De su bolso, Angélica sacó una media de Buchanan's y la ofreció:

—Por Dios, parceros, compren buen trago; si no, un día de estos van a terminar como un par muñecos en el parque.

Carlos y Alex tomaron la botella y, por turnos, se pegaron a ella.

Era una noche fresca y traía envuelto en el aire un olor marino que salía de los restaurantes. Cuando la botella estaba a punto de acabarse, Angélica preguntó:

—Parces, ¿alguno de ustedes tiene algo para la cabeza?

—No —dijeron al unísono Carlos y Alex.

—Oí, Karen; estos parceros no tienen nada para las neuronas. Definitivamente, ison un par de caballos!

Y sacó de la faltriquera un estuche de terciopelo lleno de pastillas azules. Mientras le daba a cada uno, preguntó:

—¿Qué hacen ustedes en la vida?

—Somos ensayistas —respondieron Carlos y Alex.

—¿Ensayistas de qué? Porque nosotras también somos ensayistas.

—Ensayistas literarios —aclaró Alex.

—Ah, yo pensé que eran ensayistas de la vida.

Con la pastilla en la mano, Angélica les aconsejó que para que tuviera efecto, había que colocarla debajo de la lengua hasta que se deshiciera. Carlos, Alex, Angélica y Karen tomaron cada uno una pastilla en sus manos, se la pusieron debajo de la lengua y a los cinco minutos comenzaron a ver que el parque, que siempre había sido verde, como todos los parques del mundo, ahora se tornaba magenta; las bancas, que estaban pintadas de color marrón ahora eran verdes; y el perro, que por muchos años había sido blanco, ahora era de color bronce. Carlos y Angélica y Alex y Karen terminaron en el parque danzando como si fueran una horda de sátiros felices

Al día siguiente, cuando Carlos despertó, llamó a su amigo Alex por celular y le dijo:

—El maestro Alfonso Reyes tenía razón. El ensayo es el centauro de los géneros.

—Pero siempre debe tener en cuenta a la ninfa seducida —concluyó Alex.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Strobe Light

Los iluminados no tienen descanso.

No era Drácula, el personaje que inmortalizó el escritor irlandés Bram Stoker; tampoco era amante de la sangre (a pesar de haber nacido en un país latinoamericano); pero, para él, la noche era el frenesí, el acto sublime y todopoderoso de la creación, el goce máximo de la vida. Para tener una referencia más o menos borrosa sobre su existencia, digamos que su día comenzaba a las seis, justo cuando los últimos arreboles de la tarde se escondían entre Los Farallones y la luz de la noche entraba de lleno y envolvía a la ciudad con su manto misterioso.

El hombre guardaba su pijama debajo de la almohada, se daba un buen baño, y luego de aplicarse una loción de lavanda en todo el cuerpo, se vestía y se sentaba en el sillón Freddy Mercuri, que era el preferido de su casa. Allí ponía música, se servía un trago de quisqui, prendía un Cohiba y se dedicaba a soñar las ideas más locas y fantásticas de la vida. Su cerebro, que en el día había estado quieto y aplastado como si fuera un viejo balón de fútbol desinflado, ahora centellaba con miles de proyectos creativos y vigorosos que le insuflaban su corazón de energía y lo hacían sentir como el hombre más vivo sobre la tierra. Su familia, que conocía su rutina, nunca lo importunaba durante el día; y sólo cuando querían resolver algún asunto doméstico o de plata, lo hacían durante las horas de la noche. Sus escasos amigos

que lo amaban, jamás se atrevían a invitarlo en el día a una piscina, a almorzar en una terraza o a caminar por el parque, porque conocían que “Strobe Light” —como le llamaban con afecto—, era un ser humano que no soportaba la luz del sol y que, como el personaje de Bram Stoker, prefería vivir entre tinieblas. *Lux in tenebris*.

Sus amigas, que no eran pocas, lo asediaban por la noche y lo visitaban a las horas más insospechadas, ya fuera in situ, vía Internet o celular. Así que durante la noche, el teléfono fijo, la Internet y el celular —hermosos artilugios de un solitario— no cesaban de repicar hasta bien entrado el amanecer. Strobe Light, quien era un hombre fino y cultivado, atendía las llamadas, los reclamos y las promesas no cumplidas de sus amigos que una noche lo llamaban desde Tokio; otra, desde México; o desde Estocolmo.

Una noche estrellada, una mujer lo visitó pretextando que pasaba por allí y quería saludarlo. La mujer llevaba una botella de guisqui Jack Daniel's para compartir. Strobe Light abrió la puerta e invitándola a seguir, la recibió entusiasmado. En el Hipod sonaba la canción “I don't want to die” de Freddy Mercuri. La mujer tomó la botella y cuando la fue a abrir, se hirió en su mano derecha. Una gota de sangre comenzó a emanar de su delicada piel. Strobe Light vio las goticas de sangre que salían de la piel y, sobreexcitado, comenzó a respirar profundamente. Cuando las primeras luces del alba se colaron por entre la ventana de cristal, Strobe Light, como si fuera el viajero de Transilvania, se paró del sillón Freddy Mercuri, apagó la luz de la casa y poniéndose el pijama, se acostó en su cama.

La mujer y los lobos

A Luz Ángela Valencia

Era una mujer lánguida, extremadamente lánguida y bella. Su cansancio era antiguo y se le notaba en las ojeras de su rostro; su abatimiento era profundo y se expresaba en sus ojos; su desaliento era infinito y se reflejaba en su cuello de gaviota. Se sentó delicadamente en la mesa y doblando sus piernas, pidió una cerveza en silencio. De la consola del bar salía una melodía triste cantada por negros. ¿De dónde venía su cansancio? ¿Cuál era el origen de su abatimiento? ¿De dónde provenía su terrible desaliento? Quizás, la mujer venía huyendo de su marido o de la guerra, que es casi lo mismo. La guerra del país que con su guadaña se ha llevado a los niños, los hombres y las mujeres.

No sabría afirmar con certeza si su belleza era debido a su languidez o si su temido abatimiento la hacía ver más bella. Pero ella estaba allí, en silencio, en medio de la música que tocaban los negros; ella estaba allí, imperturbable, esquivando las miradas de algunos lobos esteparios que desde la barra aullaban del hambre. ¿De dónde venía? Su presencia en el bar la delataba como una mujer que sólo estaba allí de paso; que el bar era un oasis dentro del inmenso desierto que es la guerra; era un pretexto para tener un pequeño descanso. ¿De dónde provenía? ¿Cuál era su origen? Porque a pesar de su profundo cansancio, tenía un origen, un principio. Y si tenía un principio,

tenía un fin. Entonces, ¿para dónde iba? ¿Por qué había hecho un alto en el camino en un bar donde sólo se escucha música de negros? ¿Por qué había decidido sentarse sola y pedir una cerveza? La noche avanzaba veloz en medio de una música de tambores africanos. La mujer, impasible, oía el ritmo sincopado de los tambores; pero su espíritu parecía lejano, ausente.

Desde la barra, los lobos volvieron a aullar. Primero lo hicieron en voz baja, pero cuando los decibeles invadieron el recinto, rugieron con tanta fuerza que quebraron los cristales. Fue, entonces, cuando la mujer se paró de la barra y, poniendo unas monedas sobre la mesa, cogió su bolso y continuó su camino.

Ataúdes de terciopelo azul

1

En un día soleado del mes de agosto, la vida para Charlie Zoom comienza a las diez de la mañana, cuando todavía, con la levantadora de satín rojo y las pantuflas negras que le regaló su mujer de cumpleaños, se dirige a la mesa y le ordena a Nieves que le pase *El País* y le sirva el té “Darjeling”, importado, con galletas integrales. La noche, en cambio, nunca se sabe cuando termina; la noche es un misterio porque desde que empezó a sufrir de insomnio y llevaba una vida disoluta, siempre le ha fascinado. Hoy los tiempos han cambiado; la ciudad ha cambiado, y sin exagerar podemos decir que Charlie Zoom, el fotógrafo de la ciudad, lleva una vida de santo que él mismo extraña cuando comparte el desayuno con su mujer y lee los titulares negros de la prensa. “Antes, al desayuno, bebíamos jugo de naranja con huevos fritos y tomábamos café con leche, con pan y mantequilla”, comenta. Zoom lee el horóscopo del día, lee e interpreta el de su mujer, y cuando Jennifer va a poner el tema de Miami, de irse a vivir a Miami, el fotógrafo se excusa diciendo que a las once tiene cita en Horizontes, la clínica de desintoxicación, a las doce quedó de almorzar con Vidales, el curador de arte del Museo La Tertulia para la “serie negra” que se llevará a cabo en el próximo Salón de Octubre, a las dos de la tarde debe pasar por la iglesia adventista porque hace un mes no asiste al culto ni paga los diezmos y primicias, y a partir de las cuatro debe

estar en la Funeraria del Valle trabajando para la serie. Zoom contenta a su mujer con un besito, se dirige a la tina, se quita la levantadora y las pantuflas y, regulando la temperatura del agua para no irse a quemar, se zambulle en el agua tibia con olor a rosas. Después, se pone su franela Tommy, azul y roja, sus jeans y sus apaches sin medias, y ofreciéndole otro besito a su mujer, toma el auto y se dirige a la Clínica Horizontes. Zoom, quien vive en el exclusivo barrio de Santa Rita, toma la Circunvalación, se detiene en el semáforo del Oasis donde le compra a un negro una rodaja de piña, dobla por la Quinta hacia el sur y finalmente estaciona su auto frente a la Clínica Horizontes, donde después de una terapia intensiva de dos años lo sacaron del “salón negro”, como dice el doctor Vera, y lo pusieron a vivir como un hombre serio y responsable. El salón blanco es el salón del alcohol, el salón verde es el de la marihuana y el salón negro es el de la cocaína. Hoy, Zoom es una persona decente y distinguida que le agradece a Dios cuando va a la iglesia. “Cristo es la llave, hermanos”, grita con los feligreses cuando asiste al culto de las dos de la tarde, le agradece al doctor Vera que lo sacó de la crisis y se agradece a sí mismo por su fe en Cristo Rey, y en los hombres.

Zoom entra al consultorio, se sienta, hojea la revista científica *Vida más allá de la muerte* y cuando el doctor Vera sale y lo invita a seguir, al fotógrafo le brillan los ojos de felicidad como si estuviera entrando en el paraíso. Después de una hora de terapia, Zoom abandona Horizontes, toma el auto y continuando hacia el sur, se detiene donde “Nando,

comidas rápidas” y pide una hamburguesa dietética con Coca-Cola. Mientras come, masticando siempre despacio como le enseñó el doctor Vera, Zoom se da cuenta que por primera vez y desde que está afiliado a la iglesia, le ha mentido a su mujer: él no tiene cita con Vidales, el curador de la “serie negra” de La Tertulia; esto, por supuesto, lo mortifica, y se pregunta si valía la pena mentirle para que dejara la cantaleta de Miami, se pregunta si el tamaño del engaño es suficiente para confesárselo a su mentor en la iglesia y arrepentirse. Termina la hamburguesa dietética con Coca-Cola. Después de pagar y limpiarse los dientes con un palillo, toma de nuevo su auto y se dirige a la iglesia adventista situada en la Avenida Pasoancho. Al lado de la iglesia hay un reservado. Zoom lo conoce porque cuando no era santo y llevaba una vida disoluta, lo frecuentaba con Ángel Palomino y el gordo Bonifacio Caicedo. “Cómo han cambiado los tiempos”, piensa mientras parquea su auto en el andén. “Antes, cuando la ciudad era corrupta y estaba dominada por Plutón, el rey de los infiernos, íbamos a los reservados; ahora vamos a Horizontes y a cantar en las iglesias”. Ante cualquier tentación de la carne, el fotógrafo cierra la puerta del auto y se mete en la iglesia. Adentro todo está organizado, como en un performance: en la parte posterior del local se levanta una tarima donde hay una guitarra eléctrica, una batería y un atril con micrófono desde donde el pastor Juan arenga a los feligreses. Luego, está el auditorio con sus sillas blancas de plástico Rimax, campestres, que a esas horas de la tarde ya están llenas de hombres y mujeres que le piden a Dios para que el hijo que ase-

sinaron en la Simón Bolívar esté en el cielo, para que la hija que secuestraron en Jamundí la devuelvan con vida, para que a la hija menor que suspendió el semestre universitario le consigan un empleo o un marido. Zoom entra, y el pastor Juan, que está vestido con una camisa blanca y lleva una biblia debajo del brazo, lo saluda y le ofrece una silla. El fotógrafo se sienta y cuando está pensando cómo contarle la mentira, el vil engaño que le dijo a su mujer, dos hombres que están vestidos de blanco, como el pastor, empiezan a tocar la guitarra y la batería, y la gente se para y levanta los brazos, y empiezan a gritar: “¡Detened presto los estandartes del rey de los infiernos! ¡Oh, Cristo Rey, omnipresente y todopoderoso!”.

Con los brazos en alto, Zoom repite en silencio y le da vergüenza llegar al paroxismo que desde el púlpito aviva el pastor Juan y su orquesta. Cuando el ritual llega a su punto máximo de exacerbación, el rostro del fotógrafo está bañado en sudor y temblando. Para calmar los ánimos, la orquesta toca una balada cristiana, y enseguida los hombres y las mujeres se abrazan y se dan la paz. Zoom busca al pastor Juan que, ahora, sentado en un escritorio de madera y con recibo en mano, recolecta los diezmos de los feligreses. “Los hombres de fe contribuyen con mieses a la construcción de la iglesia”, pregona el pastor, y el fotógrafo saca un billete de diez mil pesos y se lo entrega.

Zoom abandona la iglesia. Ahora libre y sin pecados, se dirige al barrio San Fernando, a la Funeraria del Valle, para realizar la “Serie negra” que será exhibida en el Salón de Octubre. Prende su auto y cuando va a dar reversa, casi atropella a una jovencita que

quiere entrar al reservado. “Tenga cuidado; ¿es que no ve?”. Y sale pitado rumbo a San Fernando.

2

La Funeraria del Valle está situada en la Quinta con 36, al frente del Hospital Universitario y de la morgue. Al lado derecho de la funeraria está la Droguería Alianza (Servicio día y noche), al lado siniestro, la Licorera Panamericana (Atendemos las 24 horas del día). Zoom dobla por la Guadalupe, atraviesa la calle de los mariachis y cuando va a estacionar en la acera, frente a la funeraria, casi se lleva por delante a un anciano que está esperando un bus Papagayo. “Muévase que si no lo mato, y luego me lo cobran como nuevo”. Baja del auto con su cámara fotográfica y se dirige a la funeraria.

—Hola, don Pedro, ¿qué me tiene para hoy?

—Nada; es raro, parece que hoy nadie se quiere morir.

El dueño de la funeraria acaricia un cajón que está a su lado. Afuera, dos brillantes ataúdes de terciopelo azul, que están amarrados por una cadena, lucen en promoción. “Pague 1 y lleve 2”, dice el letrero que está pintado en la pared.

—Vea, joven, este negocio es así; en el día está tranquilo; en la noche esto no da a basto. Espérese que hoy es viernes cultural, y los viernes después de las 10 esto se compone. ¿Quiere un traguito de aguardiente?

—No, yo no bebo.

Don Pedro manda a un muchacho por una media de aguardiente a la Panamericana.

—¿Qué se va a tomar, entonces?

—Un jugo de mango.

—Wilson, traiga una media y un jugo de mango, para el señor.

Don Pedro continúa:

—Yo no me puedo quejar del negocio; esto se mueve y en algunas ocasiones ha tenido épocas doradas. Ahora, con la bendita crisis, hay que hacer promociones porque la gente ya no tiene en qué caer muerta. Mire, joven, aquí vienen a cada rato las señoras a pedirme rebaja y a que les fíe, como si yo fuera un gran potentado.

Cuando Wilson viene con el aguardiente y el jugo de mango, don Pedro abre la botella y se clava el primero de la tarde. Afuera, un viento fuerte que baja de Los Farallones hace un remolino en la esquina levantando los papeles de la calle. Las bocinas de los buses estrangulan por momentos la voz de don Pedro que trata de despejar con el Blanco del Valle.

—Va a ver que los viernes en la noche esto se llena: accidentes de automóvil, borrachitos que se quedan enredados en un sardinel o en un árbol de gualanday, peleas de pandillas en los barrios populares, ajustes de cuentas entre mágicos y los muerticos de los pueblos que nos manda la guerrilla y los paramilitares. Este negocio se mueve, amigo, pero no sé por qué hoy que es viernes cultural esté tan apagado. Algo raro está pasando en la ciudad. El otro día hablé con el doctor Ospina, el médico forense del hospital, y me dijo que él recibía un promedio de 15 muertos entre lunes y jueves, y 35 los fines de semana. A propósito, ¿para qué son las fotos que va a tomar? ¿Acaso están buscando a alguien?

—No, ya le dije don Pedro que es para una exposición de arte.

—Bueno, yo no entiendo nada de arte, pero espérese no más que venga la noche y allí tendrá un buen material para escoger.

A las seis, a la hora que suena el Himno Nacional, una señora vestida de negro y con lágrimas en los ojos se acerca y pregunta por un ataúd para su niño que lo mataron por robarle unos tenis. Sí, señora, vale 100.000 pesos. ¿No tiene uno más barato? Sí, pero no es de cedro, sino de madera prensada. Véndamelo, por favor.

La señora paga, y se sube a un bus Papagayo con el ataúd debajo del brazo.

A las siete, don Pedro prende el noticiero de la TV. Apenas las noticias empiezan, la presentadora Viena Ruiz abre las piernas y le sonríe a la cámara.

—Es raro. Por primera vez, a excepción del niño asesinado por un par de zapatos, no ha habido muertos en la ciudad —comenta don Pedro—. Creo que los noticieros no están diciendo la verdad. Oiga, joven, ¿usted ahora qué va a hacer? Me da la impresión que se quedó sin trabajo.

A las siete y media, cuando Viena Ruiz cierra el noticiero con un grupo de negros tocando merengue, llega un señor de sombrero borsalino y pregunta: “¿Cuánto valen los gemelos?”. “50.000. Estamos en promoción”.

El señor de sombrero borsalino acaricia el terciopelo de los féretros y dice: “No, gracias, es sólo por curiosidad”, y se sube a un bus Papagayo. A las nueve de la noche, don Pedro manda de nuevo a Wilson por

otra media de aguardiente y otro jugo de mango. El fotógrafo mira el reloj y piensa que lo que decía don Pedro era cierto, el noticiero estaba mintiendo, y se pone feliz porque esa noche va a realizar la “Serie negra” para el Salón de Octubre.

A las diez de la noche, don Pedro se toma otro trago; después de frotarse las manos, sentencia: Ahora sí, miijo, aliste esa cámara porque va a empezar el trabajo.

Pasan las diez y no hay ningún movimiento. Pasan las once y el par de hombres, en medio de la siniestra mercancía, se ponen a echar cuentos de fantasmas. A las doce, un empleado de la morgue, con sus guantes blancos, se acerca a la licorera y pide una media de aguardiente. Don Pedro, apenas lo ve, lo llama: “Oye, Ataulfo, ¿qué pasa?” “¿Tienen gente preparando?”.

El empleado, con la botella en la mano, contesta: “No sé, don Pedro; parece que hoy los muertos se declararon en huelga”. “Es raro, comenta don Pedro que ya está medio achispado; en el país debe estar pasando algo raro”.

Para consolarse, Zoom, que tiene la cámara lista dispara contra la humanidad de don Pedro y le pregunta: “Cuénteme, don Pedro, ¿usted por qué bebe tanto?”. “Para matar con el tufo el olor de los muertos”, contesta don Pedro. El fotógrafo, que nunca ha olvidado las enseñanzas del doctor Vera, responde: “Tenga cuidado, don Pedro, porque el olor a alcohol lo puede llevar al reino de los muertos”.

A la una de la mañana, un grupo de jóvenes pasa en un auto con la música a todo volumen y gritan: “Haraganes, la tierra es para quien la trabaja”. A las

tres de la mañana, una señora pasa vendiendo tinto y don Pedro y el fotógrafo toman dos tazas de café para matar el tedio. A las cuatro de la mañana pasa un muchacho en bicicleta vendiendo *El País*. Don Pedro compra un ejemplar y cuando confirma que efectivamente el único muerto del día anterior había sido el niño de los zapatos tenis, golpea con su puño derecho los ataúdes, y dice: “Bueno, joven, cerremos este negocio porque por hoy no se hizo nada”.

Despidiéndose del fotógrafo, entra los lustrosos ataúdes y se acuesta. Zoom guarda su cámara fotográfica, sube en su auto y cuando alcanza su casa del lujoso barrio de Santa Rita, encuentra a su mujer dormida. En un acto de desesperación, Jennifer se ha tomado el frasco de pepas contra el insomnio. Zoom saca su cámara, toma unas cuantas fotos y se duerme a su lado.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

El rey de los bares cutre

A Carlos Bernal y Fabián Ramírez.

Había llegado a Madrid cuando murió el Generalísimo Franco. Exactamente el 24 de febrero de 1981, al día siguiente que el teniente coronel de la guardia civil Antonio Tejero, pistola en mano, amenazó al Congreso de Diputados, en un intento frustrado por resucitar el cadáver de la dictadura, que había dejado miles de muertos en la llanura castellana. Venía en una furgoneta volkswagen con una tropa de teatro donde se destacaban algunos actores y actrices de Francia y Alemania, y unos pocos suramericanos, mejor conocidos en la península como “sudacas”, que al sentir los nuevos vientos que se respiraban en España decidieron levantar carpa y abandonar los países fríos para ir a hacer teatro en la tierra de don Lope de Vega y Calderón de la Barca. (España, nuestra madre patria; que en castellano antiguo significa: nuestra puta madre).

El hombre alquiló una casa de dos niveles en el sector de Sol y desde allí comenzó a ofrecer su espectáculo en la ciudad de Madrid y en las casas de la cultura de la región donde se respiraba un ambiente de libertad. Eran los tiempos de Juan Manuel Serrat y Luis Eduardo Aute; del Rayo vallecano y Camarón de la isla; eran los alucinantes días del bocata, el porro y la rumba flamenca, que duraban noches enteras.

El vecindario de la casa de Sol lo componían un puñado de viudas de la posguerra, vestidas de negro,

que en el día se la pasaban echando hostias y cagándose en Dios y en los muertos, y en las tardes rezaban el rosario. Debajo de la casa de Sol, donde se acomodó la tropa multicultural, que de ahora en adelante la llamaremos la “tropa multiculti”, había un bar que nunca cerraba, el bar de Paco, y que desde tempranas horas de la mañana se llenaba de parados y pringados; aparte de artistas, carteristas, magrebíes, gitanos, yonquis y punkies que siempre desembarcaban a las tres de la mañana.

Después de sus presentaciones en Chueca, Lavapiés y Vallecas, el hombre y su tropa multiculti anclaba en el bar y festejaba sus triunfos teatrales hasta el día siguiente. Allí conoció a muchos artistas y escritores del mundo, que ávidos de vivir la “movida madrileña”, después de cuarenta años de recesión y muerte, habían viajado hasta la capital española (“Madriz me mata”, decía un anuncio publicitario que hizo furor entre artistas, yonquies y punkies de la época). Allí, en el bar de Paco, se hizo amigo y formó a varios artistas pichones que hoy son famosos en las teleseries y en las películas de la TVE; allí recibió a más de una artista colombiana que terminó cuidando gatos y ancianos y trabajando de camarera en los bares de alterne de la ciudad; allí acogió a sus amigos que tuvieron que abandonar el país por amenazas de muerte (a los jóvenes mafiosos que querían hacer empresa en la madre patria los despreciaba); allí le dio la mano a más de un sudaca que quería ser filósofo o torero y triunfar en la Complutense o en Las Ventas (“un filósofo español es como un torero alemán”, decía una canción de la época); allí fue el

“cicerone de la marcha” de esbeltas indias sudacas, que espantadas por las dictaduras de América del Sur, terminaban en el bar de Paco hasta la hora de la siesta. (La eterna siesta española que es la hora del sueño y de la muerte).

Fue así como el dramaturgo y director de teatro, Carlos Porras Calderón del Folleo terminó sus días en la capital española interpretando, en la obra *La marcha madrileña*, el papel del rey de los bares curre.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

La noctámbula

Cuando la conocí, lo primero que hice fue internarme en aquellos ojos negros, a media asta, que brillaron en la oscuridad. Si ahora digo que era una muchachita fresca y sensacional, no lo digo por decir, por producir un efecto publicitario en la T.V., sino porque a medida que me fui metiendo en aquellos ojos profundos, negros como un túnel sin salida, y que estaban adornados con un par de medialunas color marrón, pude comprobar, en los pocos momentos que me ofreció, su encanto seductor. Como un niño perdido en un bosque frondoso, me metí por aquellos ojos y empecé a descubrir sus delicias y sus misterios; pero al mismo tiempo, cada vez que me internaba, yo, que creía reconocerla, la desconocía cada vez más, porque aparte de su encanto singular era una mujer misteriosa e impredecible, que apenas percibió que yo la amaba, me besó con su lápiz labial, color carmín, y me regaló dos látigos: el látigo de la pasión y el látigo de la crueldad. El primero era para que me flagelara en las noches en mi apartamento, cuando ella, después de hacerme el amor, me dejaba en un estado comatoso; el segundo era para que lo usara cuando se perdía los viernes en la noche dejándome en el más profundo abandono.

Aquella noche, cuando se inició lo que yo llamaré aquí la “exploración hermenéutica por el ojo”, nos apuntamos los celulares, y al día siguiente nos pusimos una cita en un café. Allí, mientras bebíamos un par de cervezas, pude comprobar su extraordinaria

belleza y me puse feliz al saber que no me había equivocado. ¿Qué imagen profunda me recordaba aquel cráneo redondo de pelo largo y oscuro y ese rostro anguloso que me sonreía con suspicacia entre cerveza y cerveza? “¡A mi abuela!”, me dije, y avancé dos centímetros más entre aquel follaje espeso que me obnubilaba y me perdía en su oscuridad.

Luego de las cervezas, fuimos a bailar. Debo decir que si sentada en la mesa del café era una reina, en la pista de baile era, sencillamente, encantadora. Su cuerpo grácil, fuerte y bien contorneado sabía moverse con aquella delicadeza con que se mueven las divas en las obras de arte. No bebía. Esto me gustó porque sabía que era consciente de todo lo que hacía.

Aquella noche nos fuimos a dormir por separado a nuestros apartamentos; pero al día siguiente nos volvimos a llamar. Después de comer en un restaurante de la ciudad, fuimos a mi apartamento e hicimos el amor por primera vez. Al día siguiente, cuando iba a salir, le dije: “No te pierdas”, y ella, con el pelo aún mojado y pegado con gel, que le caía sobre sus hombros, me dijo: “No, mi amor”, y me besó.

El viernes siguiente la llamé para invitarla a cine; me dijo que no podía porque tenía una fiesta con unos amigos. “Cuando termine la fiesta cae a casa”, le dije. “No, no quiero despertarte”. “Sí, llega, por favor; yo te doy una copia de la llave”. Y sonriendo por el celular, me dijo que me agradecía la confianza que depositaba en ella pero que no me aseguraba que aquella noche pudiera llegar a mi apartamento. “No importa, llega de todas maneras, yo te dejo las llaves debajo del tapete”. Y efectivamente, el viernes al amanecer,

mientras yo navegaba por los meandros de un sueño terrible donde un hombre me ponía un revólver en la cabeza y me obligaba a bajar del auto, sentí sus tacones y me puse feliz. Para no despertarme se desnudó en la sala, dejó sus tacones al pie de un florero de astromelias y luego, desnuda y caminando en puntillas, entró a mi habitación, se acostó a mi lado e hicimos el amor hasta el amanecer.

Los días siguientes se fueron quemando en el espacio de las noches infinitas. En las tardes, cuando ella salía de su trabajo, yo la recogía e íbamos a comer, a un cine o a caminar por los centros comerciales. Ella aceptaba mis invitaciones, pero siempre se excusaba el día viernes en la noche porque tenía algún compromiso con sus colegas de trabajo, con un amigo o con su familia. Yo, para tenerla en mis brazos, le sugería que hiciera un esfuerzo y llegara antes del amanecer. Que se sintiera como en casa, que usara la llave como bien le pareciese, pero que por favor, no llegara al día siguiente porque me iba a preocupar. “¿Preocuparse por mí?”, me preguntó, “¿acaso soy una niña?”.

En una ocasión recuerdo que la acompañé a un pueblo cercano porque le habían matado a un pariente. A mí nunca me han gustado los entierros. Para complacerla me puse mi vestido negro, de luto, y en medio de un calor espantoso, estuve a su lado acompañándola en el funeral, mientras ella lloraba en silencio por el pariente muerto y se recostaba en mi hombro dejándome manchado mi saco con su carmín rojo. “No llores por el muerto”, le dije, “llora por los vivos que son los que más sufren en la vida”.

Un día, a las diez de la noche, la llamé a casa; me contestó su madre y me dijo que ella no estaba. Colgué preocupado. Por mi mente pasó un ejército de fantasmas que como buitres arrancaban mi piel exponiéndola al sol. Era el fantasma de los celos. Pero, ¿por qué la celaba? ¿Qué indicio tenía yo para suponer que tenía otro y la celaba? Además, ¿qué derecho tenía para celarla? ¿Para espiar en su intimidad? “Son sólo fantasmas de mi imaginación”, repetía una y otra vez, como una manera de pasarme un paño de agua tibia por mi corazón. Aquel día, por orgullo, no la llamé y tuve miedo porque pensé que se acercaba el final. “Si llama le preguntaré con ironía dónde pasó la noche. No pienso llamarla jamás”. Cuando a las once de la noche sonó el teléfono. Era ella. “Hola, Rivera”, me dijo; “¿estás molesto porque anoche no me encontraste en casa?”. Se reía por el celular. “Dime, Rivera, ¿acaso tengo el derecho de decirte dónde estoy? Como no dijiste que eras tú, no te llamé; además, no me gusta despertarte. Sé que como escribes en las mañanas tienes la sabia costumbre de acostarte con el horario de las gallinas. Rivera, ¿estás molesto?”. “Sí. Y por esto no me llamaste durante todo el día”. Se reía a carcajadas. “No seas tontico, Rivera; tú tienes tu libertad y yo tengo la mía. La libertad y la intimidad son lo último que nos queda”. Perdido en medio del túnel, me sentí un idiota, pero me reprimía las ganas de preguntarle dónde había estado y con quién. “Oye, Rivera, anoche llegué tarde a casa y como tú te acuestas tan temprano no quise importunar”. “Reina, además de bella eres inteligente”, y por primera vez me di cuenta que la amaba. “Reina”,

y la volví a aludir con su nombre dieciochesco. “Nosotros somos amigos; te propongo que seamos novios”. “¿Novios? ¿Qué significa eso? Novios significa que tengamos una relación más íntima”. “Rivera”, y me puso contra la pared. “¿Acaso ya no tenemos una relación íntima?” “Casémonos mañana”, le propuse desesperado. “No seas ridículo que nunca he pensado casarme contigo ni con nadie. Si me caso, pierdo mi libertad y mi intimidad”. “La libertad y la intimidad las perdimos hace rato”, le dije, y enseguida le pregunté: “¿Tú y yo quiénes somos?”. “Somos un sueño extraviado en esta ciudad abandonada por Dios”, me dijo. “Ahora mismo voy a coger un taxi hasta tu apartamento para que lo vivamos”. “Excúsame, Reina”, le dije, y ella me contestó: “Quedas excusado”, y apagó el celular.

Los días siguientes nos seguimos hablando por teléfono y viéndonos los viernes al amanecer cuando ella, fatigada y sudorosa, llegaba a mi apartamento, se desnudaba, se quitaba los zapatos, los dejaba al pie del florero de astromelias y luego se metía en mi cama y me violaba, literalmente. Cuando yo la llamaba, prefería hacerlo de día a su oficina porque si lo hacía en la noche a su casa, temía que su madre me dijera que no estaba y que no sabía si llegaría temprano. Reina era un misterio y a mí ese misterio, en medio del túnel en que me había metido y que no tenía regreso, me estaba destruyendo.

Fue entonces cuando tomé dos decisiones: una, le dije que si iba a llegar los viernes a las tres de la mañana, mejor se abstuviera de venir y consiguiera alojamiento donde sus amigos. Esto lo dije golpeán-

dome con el látigo del amor que ella me regaló aquella primera noche feliz y oscura. Dos, con el látigo de la crueldad, comencé a frecuentar todos los viernes “Flores Frescas”, un cabaret decadente que está situado en el barrio Versalles de la ciudad, donde trabaja como barman mi viejo amigo del colegio Taseche, más conocido en los bajos fondos con el apodo de “El Príncipe”. Allí, en “Flores Frescas”, acostumbraban a danzar unas muchachas sobre un tubo de acero. “Flores Frescas” fue mi refugio por varios meses. Allí llegaba, pedía una cerveza, me sentaba a confesarle mis penas al Príncipe, mientras las muchachas danzaban desnudas alrededor de nosotros. Taseche, sabio y prudente, me decía que yo no conocía a las mujeres, que Reina tenía razón porque yo quién era para cortarle su libertad. Que yo la reconocía pero que al reconocerla, la estaba, al mismo tiempo, desconociendo.

El Príncipe era el filósofo de la noche; era Diógenes con su lustrosa lámpara iluminando el alma oscura de los hombres. Yo bebía, y desde mi mesa abollada contemplaba a las mujeres moviéndose como expertas funambulistas de la noche. A través de sus cuerpos pegajosos y brillantes que se desgonzaban bajo la luz de cristal, podía adivinar el cuerpo de Reina, aún tibio y sudoroso, cuando llegaba tarde de la noche a mi apartamento y se aprestaba a montarme como si fuera una amazona. El Príncipe, que a cada instante pasaba por mi mesa revisando el trago, me decía que por qué no la olvidaba y empezaba a amar a una de las muchachas del bar. Que ellas estaban allí para eso, para amar. Pero yo, como un mutilado de la guerra, me sentía impotente porque ya había

atravesado aquellos ojos negros, a media asta, y no tenía regreso.

Hasta que ayer viernes en la noche, se abrió la cortina china de “Flores Frescas” y apareció Reina desnuda, danzando sobre el tubo de acero. “Hola, Rivera”, me dijo, “no sabía que frecuentabas este antro. No te lo digo como un reproche; el alcalde de la ciudad con todo su gabinete también lo frecuentan. No te preocupes. Tú eres libre, como yo. Además, sé que eres escritor y los creadores necesitan este tipo de lugares para poder inspirarse”. “Yo, yo tampoco sabía que tú los frecuentabas”, dije tartamudeando, mientras su cuerpo esbelto brillaba en el claroscuro de la pista. Reina me cogió del brazo y sugiriéndome que bailáramos, me dijo: “Rivera, además de escritor eres un hombre genial. Mira cómo la vida nos une de nuevo”.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Hasta el fin de la guerra

Charlie Zoom, erotómano mayor, pornópata y voyerista, acostumbraba a salir todos los viernes en la noche en su *Land Cruiser* modelo 98 para dar un paseo por la ciudad. Desde las cinco de la tarde, cerraba los últimos negocios, despachaba a su secretaria y preparándose un guisqui doble en las rocas, estiraba sus piernas en su reclinomatic y se ponía a hablar cháchara por teléfono con sus amigos. Zoom se merecía este descanso: era un hombre divorciado (sostenía tres casas), tenía dos hijos adolescentes de distinta mujer y trabajaba como un burro dieciocho horas diarias.

Zoom se había casado cuando era estudiante de ingeniería, había vivido con su mujer durante veinte años, y ahora, en plena madurez de su vida, le gustaba subirse en su camioneta con sus dos amigos y hacer un “viaje hermenéutico”, como él decía, por la ciudad. Un “viaje al fin de la noche”, como diría Louis Ferdinand Céline, su autor favorito.

Zoom marcó el teléfono del gordo Boni, y saludó:

—Hola, Fat, ¿cómo va esa dieta? ¿Cuántos kilos bajaste hoy?

—¡No me hables de eso! Ayer mi ex mujer me puso una tutela por falta de alimentos y la Corte falló contra mí.

—¡No puede ser! ¡Sarita no mataba una mosca!

—Así es la vida, Zoom. Para completar, mi hijo, el cineasta, me llamó de Los Ángeles y me contó que estaba en la cárcel porque lo cogieron con droga.

—Entonces, ¿cuántos kilos subiste?

—No sé. Cuando llegué a la casa, abrí la nevera y me comí un pollo relleno que había preparado Nieves; luego abrí una de Chivas y me bebí la mitad de la botella; después salí, y en la Librería Nacional pedí una copa de helado de tres sabores: fresa, manjar blanco y vainilla. Para completar, cuando regresé cansado de dar vueltas por la ciudad, me comí la torta de chocolate que le había comprado a la niña de cumpleaños.

—¡Batiste récord, gordo! Ahora tienes que salir a dar un paseo por la ciudad porque si no te va a joder la gota.

—No, mijo, estoy tan deprimido que pienso quedarme en casa viendo televisión.

—¿Qué? ¿Perro amor? ¿Tú eres de los hombres que ven telenovelas? Gordo, dime la verdad, ¿después de viejo cambiaste los libros por las telenovelas? Ven, salgamos esta noche para que te olvides de tus desgracias; no te preocupes, yo te recojo en media hora.

—¿Y el negro Palomino? ¿Vas a invitarlo? Llámalo que el negro está que se suicida. Tiene una cita el lunes con el fiscal.

—¿Por qué?

—Le salió en su cuenta un cheque negro.

Y colgaron.

Charlie llamó a Palomino; cuando este quiso justificarse por el cheque, le pidió que se alistara porque después de recoger al gordo Boni pasaría por él. Salió de su oficina ubicada en un edificio del norte de la ciudad, se dirigió a Normandía, donde vivía el gordo,

lo recogió y luego bajó a Las Quintas de Don Simón donde vivía el negro Palomino. Mientras su camioneta volaba por la avenida 2a Norte rumbo al oeste, Zoom puso en su casetera la canción “Ana Milé”, del grupo Niche, y pensó: “Hasta dónde han caído mis amigos. Después del análisis financiero hecho por la firma Barona-Rodríguez, puedo decir que yo salgo limpio; yo soy el alma buena Sichuan”. *Ana Milé, tú no tienes la culpa/que tú hijo esté llorando/ y su padre no cumpla.* De la consola se oyó la voz del cantante, y Zoom lo imitó. De regreso al norte, los tres iban felices en la camioneta oyendo música y riendo a carcajadas. Zoom, que guardaba una botellita de brandy en la guantera, alzó la mano y se las ofreció. El gordo cogió la botella y se bebió un trago corto pensando en la dieta que le había ordenado el médico, y que él, por alguna razón, violentaba. Cuando Palomino cogió la botella, un cordón de soldados que estaba parado en la esquina le pitó y los hizo detener. “Por favor, señores, ¿se pueden bajar? Esto es una requisa”. Los tres bajaron, los raquetearon, miraron sus documentos, luego revisaron el baúl del auto y al no encontrar armas, el capitán los despidió afablemente. Zoom arrancó; Palomino temblaba, pero estaba feliz. “Oye, negro, ¿dónde escondiste la botella?”. “Ah, son gajes del oficio”, y sacando la botella de una manga como si fuera un mago, se rio y bebió un trago.

—¿A dónde quieren ir los “muchachos”? —dijo Zoom hundiendo el acelerador de su camioneta color fresa con guardabarros niquelados.

—No sé, lo de “muchachos” me gusta y suena bien —dijo el gordo Boni—. Pero con una condición: que

esta noche cada quien paga lo suyo, no da consejos y no se habla de desgracias.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Zoom hundiendo cada vez más el acelerador.

—¡Yo también! —Afirmó Palomino.

—Vamos a la Librería Nacional a comernos un helado —dijo el gordo; Zoom y el negro Palomino se burlaron de él.

—Oye, Boni, por eso es que estás tan gordo. Después de que te dejó tu mujer y tu hijo se fue a los Estados Unidos a que lo cogiera la policía, no sales de la Librería Nacional. Es cierto que en La Nacional se hacen los mejores helados del mundo, pero no es para que exageres tanto. Por Dios, Fat, ¿qué pasó con tus neuronas?

Palomino, quien reía en silencio, terció en la discusión y propuso:

—Vamos a comer al Caballo Loco.

—¿Y luego? —Preguntó Zoom.

—Vamos donde la putas.

—Bueno, menos mal que eres tú quien lo propones —dijo Zoom, y doblando por la Avenida Sexta, estacionó en el restaurante. A esa hora de la tarde el Caballo Loco estaba vacío. Diego, el dueño del restaurante, vestido con un delantal rosa, salió a su encuentro y los invitó a seguir. Se sentaron en una mesa del rincón. “¿Van a tomar algo antes de la cena?”. Los tres pidieron un Don Pepe, recién importado. Luego, Zoom ordenó trucha al ajillo; Boni, una milanesa apanada, y Palomino, un bocachico en salsa roja. Los tres comieron en silencio; luego, cuando el dueño llegó con la carta de los postres, Boni no aguantó y pidió

una torta de caramelo. A Diego le caía en gracia el gordo Boni, pero el que realmente lo mataba y no lo dejaba dormir era el negro Palomino. Por esto, cuando levantó los platos, preguntó:

—Mijo, ¿qué tal estaba el bocachico?

—Estupendo. Dime, Diego, ¿cómo se prepara la salsa?

—Ah, es un secreto profesional. Si te quedas esta noche te doy la fórmula.

Palomino, que nunca había puesto en duda su machismo, aceleró a sus dos compañeros y pidió la cuenta.

—¿Cuánto es?

—120.000 pesos.

—Nos toca de a cuarenta.

—Nos toca es mucha gente —dijo Zoom—. Tú, negro, invitaste, y el que invita, paga.

—¿Cómo así? ¿No dijimos que cada quien pagaba a la americana?

—Sí, pero tú debes estar lleno con ese cheque que recibiste de don Miguel.

—¿Cuál cheque? ¿No ves que por un regalo estoy a un paso de ir a la cárcel?

—Justamente, negro. El que pierde, paga.

Zoom, con un palillo bailando en su boca, se paró, se despidió del dueño del establecimiento y prendió la camioneta.

—Bueno, ¿a dónde vamos, muchachos?

El gordo Boni iba feliz a su lado saboreándose el postre de caramelo. El negro, silencioso, tenía rabia con Zoom, y por nada se baja en el semáforo de la Sexta con diecisiete.

—Tú no eres sensato, Zoom; desde que estudiábamos en Santa Librada querías montárnosla. A toda hora querías ser el líder.

—No, eso no es cierto, negro. El sensato no eres tú. Mira en la situación en que se encuentra Boni; ahora tiene que mantener a Sarita y al amante de Sarita. Mírame a mí que debo mantener tres casas. En cambio tú...

—¿Yo, qué? ¡Yo debo presentarme el lunes ante el Fiscal regional, y lo más seguro es que me dicten medida de aseguramiento!

—No llores, negro, que tú tienes mucha plata. Tienes el apartamento de las Quintas de Don Simón, tienes finca en el Saladito, auto y sembrado de flores en El Queremal.

—¿Sembrado de amapolas en El Queremal? —interrumpió el gordo Boni que estaba callado.

—No seas mal pensado. Sembrado de rosas —aclaró Zoom y continuó—. ¿Sabes yo cuántos mercados debo comprar cada semana? ¡Tres!

—¡No seas exagerado, Zoom! ¡Ni que tuvieras que proveer a todas las fufurufas de la ciudad!

—Mira, haz la cuenta: un mercado para Lucy, mi primera mujer; otro para Amanda, mi segunda mujer; y el tercero, para Betsy, mi mujer actual. Bueno, ¿para dónde vamos, muchachos?

—Eres tú el que sabe.

Zoom dobló por la diecisiete hacia San Nicolás y dijo:

—Ya sé, vamos donde Blanquita Uribe. Desde que era estudiante del Santa Librada no frecuento ese sitio. El gordo Boni y Palomino no le creyeron. El auto

pasó volando por el parque y en un segundo estacionó frente a la residencia de doña Blanca. Timbraron. Un ojo negro se movió por entre la cerradura. Cuando abrieron y vieron la figura delgada de Zoom, doña Blanca lo abrazó, y le dijo emocionada:

—Oh, cuánto gusto, Charlie; cómo es de ingrato, ¿no? Hacía ya un tiempo que no nos visitaba.

Avergonzado, Zoom agachó la cabeza, y ya iba a presentarle a Boni y a Palomino, cuando doña Blanca se adelantó y le dijo:

—A ver, mijo, presénteme a sus amigos. ¿Saben que les tengo unas chicas preciosas? Todas son estudiantes universitarias.

—Mucho gusto, señora; mi nombre es Bonifacio Caicedo, para servirle.

—Ah, Bonifacio, así se llamaba mi primer novio, que en paz descanse.

—¿Y usted, joven?

—Ángel Palomino.

—¿Sabe que su nombre le queda muy bien? ¡Ni que lo hubiera mandado a hacer!

Doña Blanca, que iba cogida del brazo de Zoom, atravesó el patio y los invitó a sentarse en una salita roja del fondo, adornada con flores de plástico y unos ceniceros traídos de Miami. Atrás, en la pared principal, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús contrastaba con un poster de Natalia París, la modelo colombiana, que enredada en una malla promocionaba la cerveza de don Julio Santodomingo.

—A ver, ¿qué se van a tomar los señores? ¿Quieren que les presente a las muchachas?

—No sé, podíamos pedir una botella de vodka.

—Vodka con hielo y jugo de naranja.

—Expedito, por favor, una botella de vodka con hielo y jugo de naranja.

Y enseguida, un joven vino y sirvió en los vasos.

—A ver, Charlie, cuénteme, ¿cómo van los negocios?

—Mal, doña Blanca. Esta crisis nos está matando.

—Sí, Charlie; aquí también hemos sentido la crisis. Antes la gente venía y esto se movía a toda hora. A usted le consta. Ahora como no tienen plata, mire esto, vacío. Las chicas se la pasan durmiendo o viendo televisión porque aquí ya no llega ni J. J. Yusti. Lo único bueno de la crisis es que logré renovar el personal y darle categoría al lugar. Aquí ya no vienen niñas del Queremal o de Yotoco; vienen niñas cultas de las universidades. Las menores de 20 años son universitarias; las más catanas son casadas que en los ratos libres les ayudan a sus maridos. Vea, pues, lo que ha hecho la crisis. “O nos unimos o nos hundimos”, como dice el padre Gallo. ¿Quieren ver las chicas?

—No, doña Blanca; espere que nos tomemos el primer trago para entrar en ambiente.

—Imagínese, Charlie, la crisis está tan dura que el otro día vino a pedir empleo la mujer del doctor Barona; quería trabajar por horas porque no le alcanza el dinero para la gasolina del carro. ¡Qué pena!

—A mí me parece que eso es arribismo —comentó Palomino.

—No, yo pienso que la clase media todavía no ha tomado conciencia del alcance de la crisis —argumentó el gordo Boni—. Los ricos pensaron que a ellos nunca les iba a tocar la guerra, y vea...

—Pero, ¿por qué hablas de ricos? Que yo sepa, los Barona nunca tuvieron en qué caer muertos.

—Dicen que son de los que alistan maletas a Miami.

Doña Blanca, que se estaba tomando una Coca-Cola, preguntó:

—¿Qué van a hacer a Miami? ¿A lavar pisos? Ya me imagino a toda esa gente regresando en uno o dos años.

—El que sí tiene dinero, doña Blanca, es el doctor Ángel Palomino —dijo Zoom, para cagarse de nuevo en la humanidad del negro.

—Ah, yo sí lo sospechaba. Con ese nombre tan puro... tan diáfano... Me imagino que usted es un patriota; usted es de los que se queda hasta el fin de la guerra.

—Ay, doña Blanca, no le haga caso a Zoom, que él dice eso sólo por “poner la canal”. Charlie Zoom es el gorrón más grande que ha dado Cali y el país entero. Lo de “patriota” se lo dejo al doctor Álvaro Uribe Vélez; si yo me quedo aquí no es por mi propia voluntad.

—Y usted, señor Boni, ¿se piensa ir para la Yunai?

—No, doña Blanca, si antes estoy tratando de sacar a un hijo de allá, que se metió en líos con la policía.

—¿Y usted, doña Blanca?

—Yo jamás dejaré mi país, así el próximo presidente de la República sea don Berna. Por aquí lo veré detrás de las chicas, todo pacífico, tratando que le den un cariñito. Yo de aquí no me voy, si no es para los Jardines de la Paz.

Terminaron de beber. Zoom sirvió el segundo tra-

go y le pidió a doña Blanca que les presentara a las chicas. La doña dio tres palmadas y enseguida, de una cortina china, salió una fila de chicas que fueron pasando y se fueron presentando, como si estuvieran en la televisión: Karen, Beatriz, Vicky, Marion.

Medio achispados, Zoom, Boni y Palomino escogieron a las mujeres y se fueron cada uno a las habitaciones. Al día siguiente, en medio de una resaca mortal, tomaron el Land Cruisser y se dirigieron a sus respectivas casas. Los tres amigos iban adormilados con el sol de la mañana encandilándoles los ojos.

La novia de Nosferatu

En la ciudad de los colores, el amor siempre es grande e infinito. Ahora no me pregunten dónde la conocí porque no me lo van a creer. La primera vez que la vi fue desde la terraza de mi pent house, cuando ella se disponía a coger un bus Papagayo ruta 5. La vi subir al bus, y cuando el auto se alejó y se la llevó, anoté en mi agenda personal: “Papagayo ruta 5. Día: lunes. Hora: 6 p.m”. El día anterior, o sea, el lunes a la misma hora, había pensado en suicidarme con un vaso de güisqui y 50 pepas de prozac; si no lo hice y lo aplacé para el día siguiente, fue por cobarde, por física cobardía; entonces fue cuando la vi parada con su blusa escotada, su micro falda azul celeste y un bolsito negro de plástico que llevaba colgado en su hombro derecho. La vi, y entonces decidí botar por el baño el güisqui y el frasco de prozac, y solté. Por fin la vida tenía un sentido para mí, me dije; después de ver la serie *Casos de misterio* por la televisión, me acosté tranquilo hasta el día siguiente. El día martes, con agenda en mano y unos binóculos que había heredado de mi padre, me senté a esperarla en la terraza del pent house. Para no aburrirme, me puse a divisar la ciudad, y debido al juego ilusorio que sugieren los espejos tuve de nuevo muy cerca de mí, las antenas de radio y televisión de las Tres Cruces, los cuatro postes de luz del estadio Pascual Guerrero y las copas floreadas de los güalandayes del barrio San Fernando. Cuando las flores color lila coparon mi visibilidad, desvié los binóculos hacia la calle, y entonces la

vi muy cerca de mí, pero ahora estaba deformada por los lentes de los binóculos. Sí, era ella, con la blusita escotada, la micro falda, el bolsito negro de plástico y aquella forma de pararse tan fina y delicada, que con seguridad había aprendido en la televisión. Retiré los binóculos para verla en su tamaño natural y tomando la agenda de notas, escribí:

“Papagayo ruta 5. Día: Martes. Hora: 6 y 15 p.m.”. Cuando el bus arrancó y se la llevó, levanté mi mano, y dije, como para consolarme: “Karen, espérame, no te vayas; yo sé que algún día nos tenemos que ver”.

Aquella tarde, mientras el sol se acostaba por Los Farallones y la noche como una serpiente amarilla se iba desenroscando poco a poco hasta cubrir la ciudad, me sentí un hombre feliz; fui a la nevera, saqué un yogurt de fresa y sentándome frente al televisor me quedé dormido hasta el día siguiente. Al otro día, o sea el día miércoles, hice la misma operación: apenas la vi, anoté en la agenda personal: “Papagayo ruta 5. Día: miércoles. Hora: 6 y 30 p.m.”. Observé que entre el lunes y el miércoles había un retraso de quince minutos por día. Aquella tarde, decidí que al día siguiente, o sea el jueves, bajaría al paradero, subiría al bus, la saludaría y luego la acompañaría hasta su casa. Mientras me imaginaba este bello encuentro, pensaba: “¿Por qué supongo que va a casa? ¿Por qué no puede ir a otra parte? Y si va a casa, ¿será que es casada? ¿Será qué tiene hijos?”. Mientras veía mi programa favorito *Casos de misterio* por mi cabeza no dejaban de pasar todo este enjambre de preguntas que me confundían sin cesar. El día jueves me levanté muy temprano, me bañé, me afeité, me vestí y a las

cinco de la tarde, cuando supuse que ya se acercaba la hora de la cita, estuve paseando por la acera de mi casa, muy nervioso y emocionado.

A las 5 y 30 una vecina, que tenía un humor negro, se cruzó conmigo y me dijo: “Qué milagro verlo, vecino; pensé que se había muerto o estaba de viaje”. A las 5 y 45 miré el reloj, y el nerviosismo subió a mis mejillas hasta hacerlas sonrojar. Observé mi figura en la vitrina del almacén y me di cuenta que, si en efecto estaba bien vestido y mis zapatos brillaban como un espejo, mi cabellera estaba revuelta y despeinada. Me mojé la palma de la mano con saliva y traté de alisarme el pelo. El esfuerzo no sirvió. El pelo seguía parado. A las seis en punto pasó un bus Papagayo, recogió a tres pasajeros y se perdió por la avenida. A las 6 y 15 miré el reloj y empecé a angustiarme. A las 6 y 30 volví a mirarlo, y pensé: “Karen, ¿qué te pasó? ¿Por qué no llegas a tiempo?”. A las 7 de la noche pasó otro bus y recogió a una pareja de enamorados. A las 7 y 30, y con ganas de matarme, desistí de la espera. “Karen debió tener algún problema en el trabajo”, me dije. Pero, ¿por qué pensaba que trabajaba? ¿Por qué me imaginaba que ella tenía un trabajo y salía todos los días a las 6 de la tarde a coger el bus Papagayo que la llevaba a casa? “Tiene mucho trabajo y se quedó hasta tarde en la oficina”, pensé.

Debo decir que esta última idea me tranquilizó y abandonando el paradero, subí de nuevo a mi pent house, saqué de la nevera un yogurt de fresa, lo bebí y me puse a ver la serie negra que tanto me apasionaba. El día viernes bajé de nuevo y la esperé en el paradero, pero no llegó. Entonces, subí al pent house,

bebí otro yogurt de fresa y prendí la televisión. Mientras escuchaba en silencio la voz en off del locutor narrando un crimen, pensé cómo iba a soportar el fin de semana sin Karen. Cómo iba a poder vivir las próximas setenta y dos horas sin ella. Confieso que por un instante se cruzó de nuevo por mi mente la idea del suicidio, pero enseguida una imagen hermosa, como una flor amarilla, me iluminó: “El lunes estará en el paradero a las 6 en punto”, me consolé, y esta última imagen me reconfortó.

Para soportar el fin de semana, el sábado alquilé una docena de videos sobre la vida de Drácula y los estuve viendo hasta lograr llegar a comprender su *mode de vie* en la región de Transilvania, sus costumbres que siempre me parecieron exageradas y algunos secretos que Bram Stoker, su creador, había dejado sólo sugeridos para que el lector abandonara su pereza y pusiera a trabajar su imaginación. El lector es un haragán que desea que le den todo molido. El lunes, muy temprano, un joven vino al apartamento y recogió los videos; después de hacer el ritual del baño, beber el consabido yogurt de fresa que hacía parte de mi dieta diaria y vestirme con una ropa ligera de algodón, bajé a la calle, y cuando me disponía a pasear por la acera, vi a Karen esperando el bus en el paradero. “Karennnn”, quise gritarle de felicidad, pero me reprimí, no quería pasar por loco, y enseguida pensé: “¿Y si no se llama Karen? ¿Por qué la nombré Karen y no Betsy, Lucy o Jennifer?”.

Como si fuera un pasajero habitual de la línea de buses Papagayo, me acerqué al paradero, y apenas el auto frenó y ella subió, yo también subí haciéndome

el idiota, pagué mi pasaje y me prendí de los tubulares. Una música de negros ambientaba la atmósfera. Como era la primera vez que montaba en bus, el chofer, en un arranque brusco que hizo, por nada me saca a la calle. El bus iba lleno, pero justo en la parte de atrás quedaban dos puestos vacíos. “Es el puesto de ella y el mío”, pensé. Karen corrió hacia atrás y se sentó al lado de la ventanilla. Yo hice lo mismo y me senté a su lado. El cuerpo de Karen olía a flores frescas de gualanday. Suspiré, y mi espíritu, por un instante, quedó invadido por el aroma de sus flores. El bus corrió hacia el oriente de la ciudad y se perdió por unos barrios de casas uniformes y techos de zinc que yo no conocía. Karen iba feliz mirando por la ventanilla el paisaje citadino, sin darse cuenta que yo iba a su lado, feliz, respirando el perfume que expelía su cuerpo. Cuando llegamos al último barrio de la ciudad, solamente quedábamos el chofer, ella y yo. El bus se detuvo en un paraje de casas lacustres que estaban divididas por un caño. El chofer frenó; apenas abrió la puerta para bajar, los dos nos miramos por primera vez y sonreímos. “Ho... hola, Karen”, la saludé tartamudeando, y ella me contestó: “Hola, Nosferatu”. Su voz era diáfana como la luz de la tarde. Bajamos del bus. Yo me emocioné y enseguida le pregunté: “¿Qué pasó? El jueves y el viernes te estuve esperando y no llegaste”. “El jueves tuve trabajo hasta tarde y el viernes una amiga estaba de cumpleaños y la invité al restaurante. El miércoles fui yo quien te estuve esperando. Te esperé exactamente quince minutos”, me reclamó. “No sabía que me estuvieras esperando”, me excusé. “Lo que sucede es que tú no

me conoces”. “Tú tampoco”. “Sí, yo te conozco. Tú eres la mujer que coge todas las tardes el bus Papagayo ruta 5”. “Y tú eres el voyerista que todas las tardes me vigila desde su apartamento con sus prismáticos. Tus malditos binóculos. Un día de estos te los voy a botar”.

Atravesamos el caño y entramos a su casa. Karen puso un bolero, sirvió dos copas de vino y tomándome por la cintura empezamos a bailar. El olor a flores frescas de gualanday invadió todo mi cuerpo. Karen se recostó en mi pecho y con una voz susurrante me pidió que esa noche me quedara con ella. “¿Por qué?”, pregunté como un idiota, y ella me contestó: “Porque si no, un día de estos vas a amanecer muerto como un perro en tu pent house; y nadie se dará cuenta”.

Aquella noche subí al apartamento, me serví el yogurt de fresa, prendí el televisor, miré mi serie favorita *Casos de misterio*, y cuando tenía listo el güisqui y el frasco de prozac, timbró el teléfono. Era mi amiga Karen Carvajal, que estaba al otro lado de la línea, y con su voz dulce me proponía que viajáramos a Gualajajara de Buga, donde el Señor de los Milagros, y nos casáramos por la iglesia.

Rumbo al Tambo

1

Necesitaban transportar con urgencia cinco ataúdes de Santander de Quilichao a la población de El Tambo. La noche anterior una banda de encapuchados había entrado a la cantina del pueblo y con lista en mano habían matado a una docena de personas y dejado otras tantas heridas. El alcalde negoció con el carpintero del pueblo y luego de que los cajones estuvieron cepillados y brillantes (“Madera fina de cedro, del Cauca”, añadió el ebanista), firmó la cuenta de cobro y despidió a su secretario. “Entrégales la cuenta, Lucho, porque si no se desajusta el presupuesto y me acusan de peculado”, gritó el burgomaestre, mientras Lucho, atareado con la mercancía, trataba de acomodarse en el techo de la chiva, al lado de unos indios guambianos, unas gallinas y unos bultos de papa.

“ME 109-CITA”, leyó el letrero pintado en la parte superior del Ford Modelo 50, y cuando el chofer que usaba una barriga gelatinosa de buñuelo dio reversa y tocó las trompetas del bus en señal de partida, el burgomaestre levantó la mano y de él sólo quedó un punto negro perdido en el espacio.

En esta región del Cauca el paisaje está bordeado de colinas sembradas de árboles de ciruelos, duraznos, naranjo, café, cedro y chachajo; en el día, hace una temperatura ideal de 20 grados, y de 15 en la noche; debido a la proximidad con el páramo, desde por la mañana y en medio de un sol tibio que broncea la piel, cae una llovizna helada y pertinaz que cala en los

huesos de la gente y de los animales. Recostado entre el durmiente de uno de los ataúdes y de un racimo de gallinas que las habían acomodado a un lado, Lucho se puso la mano en forma de visera para protegerse del sol, y sonriéndoles a la pareja de guambianos cuya mujer llevaba cargada en su espalda a una niña recién nacida, les preguntó:

—¿Para dónde van?

El marido contempló los cajones, y no contestó. “Indios brutos”, pensó Lucho, y pateó a una de las gallinas que se había cagado en sus zapatos.

—Yo voy p’al Tambo a dejar esta mercancía. —dijo Lucho como para ver si los indios se mosqueaban y decían algo.

Pero los indios siguieron en silencio observando los cajones amarillos recién lustrados.

2

Lucho era un solitario empedernido que siempre había fracasado con las mujeres. Por esto, cada vez que tenía la oportunidad, hablaba con la gente y le gustaba pasar por un hombre dicharachero así fuera con indios que hablaran en “lengua”, como él decía, para romper con esa soledad de hielo que lo estaba matando por dentro.

—Supongo que van a vender esas gallinas al Tambo.

Sin dejar de mirar los cajones, la pareja de indios siguió en silencio y no contestó.

“Estos cabrones no entienden español; seguramente ya tomaron el curso de inglés de los hermanos Santos Bocanegra”, pensó Lucho, y la mujer, como si hubiera leído su pensamiento, protestó:

—Cabrones no, señorito; somos bilingües a mucho honor: Hablamos guambiano y español. Vamos al Tambo a bautizar a la niña.

La pareja de indios siguió mirando en silencio los cajones.

Al único que le gustaba ir al Tambo era al chofer que a pesar de su barriga de buñuelo (o debido a ella) se había conseguido una novia en esta población.

—¿Al Tambo? ¡Perdónenme que les diga, pero yo no iría allá ni porque me pagaran! ¡No pisaría sus calles empolvadas, así mi madre se estuviera muriendo y me estuviera llamando a gritos!

—Entonces, ¿a dónde va el señorito, si se puede saber?

—Al Tambo. Desgraciadamente, soy empleado público y no puedo desobedecer las órdenes del gobierno. Por mí fuera, ahora mismo me bajaría de esta chiva y lanzaría estos cajones por un abismo o los enterraría en alguna parte y yo me enterraría en uno de ellos sólo por no verle la cara al alcalde. Y las gallinas, ¿también van para El Tambo?

—También van pa'l Tambo. Todos vamos p'al Tambo. Son para la fiesta de la niña, que tenemos preparada —dijo el marido, y la pareja de indios siguió mirando en silencio los cinco cajones de cedro que relucían bajo los rayos del sol.

Al rato empezó a llover. Los indios taparon a la recién nacida con una manta azul y se acurrucaron entre sí cubriéndose con la punta de la manta. A Lucho le ofrecieron otra que traían de repuesto en su mochila para que se protegiera de la lluvia. Lucho se excusó diciendo que “no, muchas gracias”, que “esto

sólo es un pasanubes”, y tendido en el techo contra el durmiente del cajón y el racimo de gallinas que le habían cagado el zapato, abrió los brazos y se dedicó a recibir la lluvia helada, como si le estuviera dando gracias a la naturaleza.

—Venga, hágase con nosotros, señorito, que se va a mojar” —le decía la pareja de indios, que ahora, juntos bajo la lluvia, reían y mostraban sus dientes empotrados en oro—. “Venga, señorito, que allí va a coger una pulmonía”.

3

La lluvia arreció más fuerte. Mojado de pies a cabeza, Lucho se levantó y, abriendo la tapa de uno de los cajones, alzó la mano a los indios en señal de despedida y se metió en el ataúd para protegerse de la lluvia. Los indios se miraron atónitos y no entendieron su gesto. La lluvia no cesaba y cada vez caía con más fuerza contra los cinco cajones, los racimos de gallinas y los bultos de papa. Cuando la chiva pasó a la altura de la Curva del Diablo, el chofer hizo sonar las trompetas anunciando que el viaje había terminado y muy pronto irían a entrar a la población de El Tambo. La lluvia cesó. La chiva hizo su entrada por la carretera principal, y apenas el chofer quiso volver a sonar las trompetas para anunciarle a su novia su llegada, se dio cuenta que no tenía sentido porque nadie lo iba a escuchar. El pueblo estaba vacío, todo el mundo se había ido por causa de los encapuchados: el alcalde, la policía, el cura del pueblo, la maestra de la escuela, la novia del chofer, los campesinos y los indios. Parqueó frente a la oficina de transportes,

pitó, y nadie contestó. Se bajó, se dirigió a la oficina y allí no había nadie. Miró a la plaza y tampoco vio a nadie. Entonces volvió a la chiva y le ordenó a la pareja de indios que bajaran sus corotos y le ayudaran a descender los cajones. Sin dejar de mirarlos, la pareja de indios bajó las gallinas y las papas y señalaron el ataúd donde se había metido Lucho para protegerse de la lluvia. El chofer no entendía nada; apenas cogió el ataúd, Lucho destapó la caja, y como Lázaro, saltó del ataúd. Al chofer casi le da un infarto cardíaco. “¡Señor secretario! ¿Qué son esos chistes? ¡Por Dios, casi me mata!”. Con su actitud de solitario empedernido, Lucho sonrió y para reconciliarse con el chofer, le ayudó a bajar la mercancía.

Los tres pusieron los ataúdes en hilera. Miraron de nuevo hacia la plaza y no vieron a nadie. Otearon hacia el páramo, detrás de la iglesia, y sólo divisaron la neblina espesa y fría que muy pronto los iba a cubrir. La india, con su hija amarrada a su espalda, miraba con terror la tierra donde reposaban los ataúdes amarillos, de cedro, recién cepillados y lustrosos.

—¿Para quiénes son? —preguntó el chofer.

El secretario del alcalde, que no podía vivir callado, empezó a contarlos:

—Uno... dos... tres... cuatro...cinco.

Todos miraron en silencio la tierra y luego se miraron entre sí.

—Sobra uno —comentó el chofer.

Lucho, que siempre tenía algo que decir, contestó:

—No, no sobra ninguno. El quinto es el de la niña.

La neblina espesa y fría bajó del páramo y los cubrió con su manto.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

La joven

A J. R.

Él y ella no sabían que eran la vida.

La joven era bella. Por esto, y quizás por su inteligencia precoz, había tenido varias relaciones afectivas con algunos hombres y mujeres. Pero ahora, después de tantas experiencias, estaba hastiada de todo el mundo. Los jóvenes le parecían débiles y femeninos; las mujeres, marimachas y varoniles. Entonces, lo conoció en un parque de la ciudad. El viejo estaba leyendo un libro. Ella estaba al frente descansando en un banco del parque.

—¿Qué lees? —le preguntó la joven.

—Ensayo sobre la ceguera de Saramago.

—Le contestó el viejo.

—¿Te gustan las novelas?

—Sí, me encantan.

Aquella tarde, la joven y el viejo se presentaron y quedaron de verse en el parque el viernes de la semana siguiente. La joven era bella y sensual. En el día estudiaba Economía; en la noche trabajaba de mesera en una taberna. El viejo había sido corrector de pruebas de una editorial y se estaba quedando ciego de tanto leer. Los días de la semana pasaron lentos. La joven iba a la universidad, tomaba sus clases y luego, en la noche, se metía en la taberna a atender a hombres solitarios, que siempre le estaban haciendo propuestas obscenas. El viejo, imperturbable, leía, esperando que un día la luz de sus ojos se apagaran. Entonces sería el final. Como no podría leer, buscaría

a una secretaria para que le leyera o si no se pegaría un tiro.

La joven llegó a la cita. Cuando lo vio, se acercó, lo besó en la mejilla y se sentó a su lado. Al principio hablaron de cosas cotidianas. Luego comenzaron a contarse sus vidas. La joven le contó que un día había tenido grandes sueños. El viejo le manifestó que él cuando tenía su edad había tenido muchos sueños. La joven le preguntó a dónde iban los sueños. El viejo respondió que los sueños, si de verdad son sueños, no van a ninguna parte. La joven reía y con su risa hacía espantar las palomas que picoteaban en el parque. El viejo oyó su risa y pensó:

“Qué bella es la vida. Ahora estoy sentado con la señorita de la eterna sonrisa”.

La joven le contó el último affaire que había tenido con una mujer. El viejo la escuchó atentamente. La joven, entonces, le preguntó si él había tenido sexo con alguien de su mismo sexo.

—Sí, le contestó; cuando era joven.

—¿Es malo tener sexo con alguien del mismo sexo?

La joven, inquieta, preguntó; y el viejo, contestó: —No, mientras esté bien hecho.

Los viernes siguientes se siguieron viendo en el banco del parque. Ahora la joven escuchaba atenta la vida del viejo cuando fue estudiante de Derecho; luego, cuando exiliado de su país vivió vagando por el mundo como cocinero de un barco; más tarde, cuando encalló como corrector de pruebas en una editorial. Ahora era la joven quien preguntaba y el viejo respondía a sus preguntas:

—¿Qué es un corrector de pruebas?

—Es quien vive corrigiendo la vida que está en los libros.

—¿Qué es un lector?

—Es un hombre que le da vida a un libro.

—¿Tuviste muchos problemas como corrector de pruebas?

—Sí, pero más los tuve con los escritores que a toda costa querían que les publicaran. La vida es una continua fe de erratas.

—¿Sigues leyendo?

—Sí, y sé que un día me quedará ciego. Señorita, ¿usted podría servirme de lectora?

—Por supuesto.

El último viernes, el viejo le contó la historia, cuando estando en el exilio, fue cocinero de un barco. Las horas pasaron rápido. La joven miró el reloj, y dijo que tenía que ir a la taberna.

—¿Vamos? En la taberna podemos divertirnos.

El viejo le explicó que él ya no estaba para esos trotes.

—Vamos —la joven insistió, y tomándolo de la mano, cogieron un taxi y se dirigieron a la taberna.

El lugar era un hueco horrible lleno de hombres y mujeres que danzaban frenéticamente. Se sentaron en unos taburetes sucios de madera. La joven habló con una de las muchachas y le pidió que la reemplazara por esa noche. Pidieron vodka y comenzaron a beber. Luego, ella lo sacó a bailar. Danzaron toda la noche.

Al amanecer, cuando los cuerpos sudorosos quedaron unidos, el viejo preguntó:

—Señorita de la eterna sonrisa, dígame, ¿qué sueño tiene ahora?

—Sueño vivir con usted —contestó la joven.

—¿Cómo así? Si ya estoy viejo.

—Eso no importa.

—Dentro de poco voy a morir. Me voy a pegar un tiro.

—Sí, pero antes quiero vivir con usted.

—¿Por qué?

—Porque usted es la vida.

—No, señorita, usted es la vida.

La joven y el viejo se miraron por un instante y, levantando los vasos, brindaron y se fundieron en un sólo abrazo.

El escritor y la bailarina

*Eso que llaman Fortuna es una mujer
borracha y antojadiza, y sobre todo
ciega, y, así, no ve lo que hace, ni sabe a
quién derriba ni a quién ensalza.*

Miguel de Cervantes Saavedra

Era un viernes en la noche. Una luna llena y barrigona danzaba sobre un cielo azul salpicado de estrellas. El escritor, que estaba encorvado frente a la pantalla del computador, vio a su mujer acicalándose ante el espejo y preguntó:

—Pamela, ¿a dónde vas?

—Voy a bailar —respondió la mujer—. Apaga ese computador que vamos a divertirnos.

—No, no puedo —dijo el escritor que seguía encorvado sobre la pantalla—. Debo entregar el artículo para el periódico virtual.

—Mi amor, vamos. Deja de escribir que tú ya eres importante —Añadió Pamela—. Ya tú escribiste todo lo que tenías que escribir en la vida.

Dándole un beso en la nuca, Pamela cogió su cartera y se fue.

El escritor, que estaba angustiado porque no había podido iniciar el artículo, se encorvó de nuevo sobre la pantalla, como si fuera un escarabajo, y comenzó a escribir: “La vida de un escritor está llena de tribulaciones que en algunos casos terminan con su muerte. De la extensa lista que tiene este oficio de tinieblas, sólo me basta recordar a Fedor Dostoievski, Virginia Woolf y Porfirio Barba Jacob. Este, por supuesto, no

es mi caso. Desde la infancia fui un ser privilegiado al tener un padre poeta (por esta razón, mis compañeros de colegio me llamaban el “hijo ‘e poeta”) quien me enseñó las primeras letras y me metió de cabeza en el mundo de los libros. Luego, en la adolescencia, me gané en el colegio el Primer Premio en los “Juegos Florales” con un poema de amor, que hoy me da vergüenza mostrarlo a los lectores; más tarde, en plena juventud, obtuve el Premio Nacional de Literatura con una novelita sucia que le encantó al jurado. Para no pasar por un ser pedante (vicio común entre mis colegas) resumo: después del Premio Nacional (que causó la inevitable envidia en el gremio) se me abrieron las puertas del mundo literario, no sólo en el país sino también en el mundo; obtuve nuevas y lustrosas preseas literarias (y no pocas presas femeninas), viajé, conocí muchos países, escribí una docena libros que salían de mi espíritu, y otros por encargo (soy el escritor fantasma de los políticos, las narcos y los secuestrados) hasta convertirme en uno de los más destacados autores vivos de la actualidad. Si aún hoy no he logrado el Premio Nóbel, no es por mí (lo digo con modestia) sino por la desgracia en que ha caído el país y el continente ante los reyes de Suecia.

Por esto, desocupado lector, no comprendo muy bien por qué algunos colegas se quejan de su destino literario y se la pasan destilando veneno entre los círculos literarios; como si su éxito no dependiera de su obra sino de terceras personas, de los medios, del “último libro que llevarás después del diluvio”, de las palancas editoriales y de los amigos venales de la política. Pero si mi razón no llega a comprender esto,

mucho menos entiende por qué los jóvenes persisten en ser escritores y quieren convertirse en figuras mediáticas del momento. Homero, Cervantes y Shakespeare —quienes nunca le apostaron a la fama—, ya lo dijeron todo y lo dijeron bien dicho. ¿Por qué insisten, entonces, en una profesión que no es una profesión, y que a excepción de García Márquez, Paolo Coello y el poeta Cambray, de Univalle, no da dinero; por el contrario, como lo dije al comienzo de este artículo, está lleno de tribulaciones? Porque de frustrados y resentidos, los escritores. Ni siquiera los bailarines que trabajan con el cuerpo los igualan en esto. A los escritores nadie los puede criticar porque allí mismo saltan como la liebre; ningún cristiano los puede cuestionar porque como siempre se han creído dioses, nadie los puede juzgar. ¡Son tan narcisos! ¡Tan vanidosos! ¡Tan egocéntricos! Toda la vida se la pasan craneando cómo llegar a ser famosos sin saber que de entrada la tienen perdida con las reinas de belleza y las presentadoras de televisión. Si antes luchaban por aparecer en un magazín literario, hoy, que asistimos al funeral de la prensa escrita, los creadores ya no escriben sino que se la pasan administrando (¡bonita palabra!) su página web, su blog, y viven mendigando una lectura por el ciberespacio. Hoy, los hombres de letras se parecen a los niños expósitos que viven pidiendo un albergue virtual a altas horas de la noche. Fulanito, ¡léeme! Sutanita, mira que salí al lado de Susan Sontag. Perrencejo, en la foto de Facebook estoy junto a Mario Vargas Llosa cuando se internó en las selvas del Congo. En esta otra, que fue publicada en Twitter,

estoy narrando desde la tumba de Bertrand Rusell, mi filósofo favorito. Es lo que uno lee en las podridas redes sociales. Cuando la primera guerra de los blogs se avecine (tercera en nuestra historia), no quedará sobre la tierra piedra sobre piedra. El polvo virtual nos sepultará como a cucarachas. Después de la revolución cibernética (que asesinó al pobre Gutenberg) a estos ciber-escritores no les interesa escribir; les interesa es el mito de Narciso, la imagen y la pantalla. Pero esto no es lo penoso del oficio; lo terrible (“La muerte es terrible, pero hay cosas más terribles que la muerte”, *Nosferatu dixit*) es que todos, a excepción, por supuesto, de Gabo, Coello y el poeta Cambray, tienen que hacer otros oficios para no morir de hambre. Deben doblar su cerviz ante los amos reales y virtuales que se agazapan en el ciberespacio. Unos, los escritores doctos, siguiendo la tradición de Nabokov, escogieron refugiarse en las universidades (“aquel lejano lugar donde van a morir los elefantes”, José Donoso *dixit*); otros, en su afán por escalar hasta la torre de Babel, viven lagarteando con el Estado talleres de escritura (en hospitales y cárceles), haciendo proyectos para “becas y pasantías de creación literaria” y pagando costosas comilonas a jurados internacionales insobornables. Otros más, que tomaron a pecho la lectura de Edipo Rey, son mantenidos por su heroica madre.

De verdad, no comprendo a los jóvenes que hoy en día persisten en este oficio de tinieblas, como le llamó la escritora mexicana Rosario Castellanos; si existen otras profesiones más honrosas y lucrativas. ¿Será que en cada escritor se anida un ser frustrado y

vanidoso? ¿Será que el escritor es aquel “animal moribundo”, del que hablara Philip Roth?”.

Era muy tarde. El hombre leyó la última frase del artículo y le pareció genial. La luz de la pantalla iluminaba su rostro sombrío. “Apenas Pamela regrese, se lo leeré”, pensó, y se quedó dormido sobre la pantalla del laptop. Cuando el reloj marcó las tres de la mañana, la mujer entró en puntillas con sus zapatillas en la mano; venía sudada, con el pelo revuelto. Lo vio encorvado en la pantalla como si fuera un bicho y le dio lástima. Para complacerlo, se sentó a su lado y comenzó a leer en voz alta, con su voz ebria, el artículo que su marido acababa de escribir para el famoso periódico virtual. Cuando Pamela terminó de leer, se acercó, y besándolo en la nuca, le susurró al oído: “Amor, definitivamente eres un genio. Cada día estás escribiendo mejor que nunca”. Y se amaron hasta el amanecer.



Programa  ditorial